



2025



1965

IMPACTO
EN MÁS DE **35.000**
NIÑOS, NIÑAS,
ADOLESCENTES Y JÓVENES



CAMBIANDO
HISTORIAS

60 AÑOS. CAMBIANDO HISTORIAS

©Aldeas Infantiles SOS Chile 2025

EQUIPO EDITORIAL:

Oswaldo Salazar, Director Nacional

Daniela Toro, autora y escritora del libro

Alan Rojas, periodista investigador

Paz Hernández, periodista investigadora

Norma Valdés, Directora de Desarrollo de Programas

Paulina Fernández, Directora De Abogacía y Estudios

Fernanda Arriaza, Líder de Planificación y Control de Gestión

Génesis Andrade, Líder de Padrinazgo y Gestión

María José Varela, Jefa de Atención y Gestión Programática

FOTOGRAFÍA:

Elisa Natalia Cataldo

IMPRESO POR:

A Impresores S.A.

FECHA DE IMPRESIÓN:

Septiembre de 2025

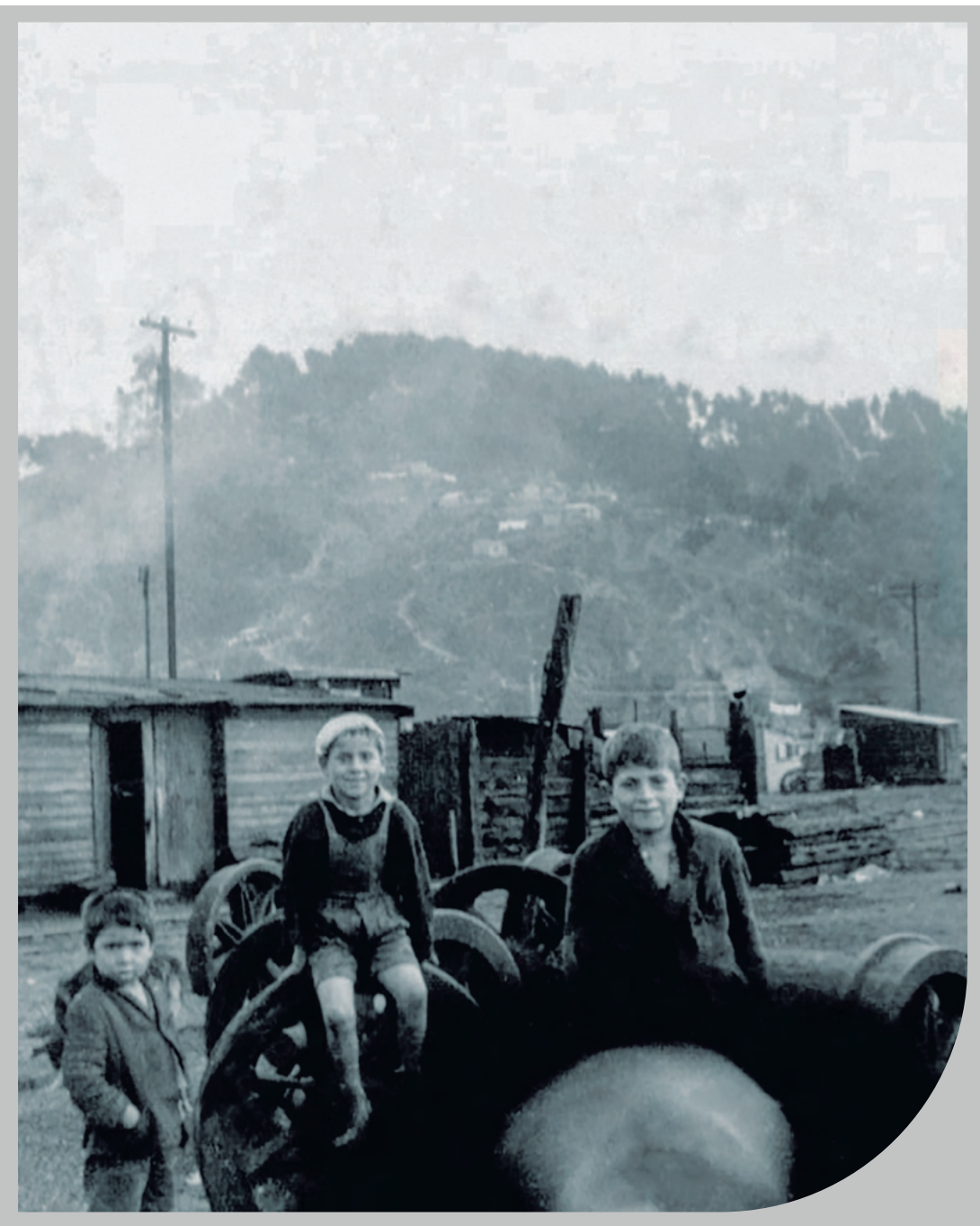
Los propósitos trascienden a las personas cuando permanecen vivos en quienes los hacen realidad día tras día. Por ello, este libro es un homenaje a cada niño, niña, adolescente, joven, familia, persona cuidadora, profesional y comunidad que, durante sesenta años, ha dado vida a la misión de
Aldeas Infantiles SOS en Chile.



***Cada trazo guarda una historia,
cada color, una esperanza.
60 años cambiando historias.***

Lo que queremos contarte de estos 60 años

Palabras iniciales: seis décadas de cuidado	Pág. 7
Recorrido por nuestra historia	Pág. 11
Apertura de proyectos	Pág. 12
Nuestra llegada a Chile y cómo nos transformamos	Pág. 15
Seis historias de vida en seis décadas	Pág. 51
La tenacidad y la esperanza como camino	Pág. 52
De la Aldea al Palacio de La Moneda	Pág. 64
Fortaleciendo familias en el norte y sur	Pág. 74
La llamada de coraje	Pág. 86
Una niñez a medias	Pág. 95
Una niñez invisibilizada	Pág. 104
Agradecimientos a quienes hicieron posible este viaje	Pág. 113



Seis décadas de cuidado

En este año tan significativo, en el que celebramos 60 años de presencia en Chile y 76 en el mundo, sentimos el corazón lleno de orgullo y gratitud por haber sido parte de más de 35 mil historias de vida que se tejieron en nuestros programas de fortalecimiento familiar y de cuidado residencial a lo largo de estas seis décadas. Historias que parecían tener un final distinto, hoy, gracias al compromiso, la persistencia y el cuidado de personas anónimas, comienzan a escribirse de nuevo. Esta vez, con un desenlace más esperanzador y luminoso.

“60 años cambiando historias” es la continuación natural del libro de los 50 años de la organización. Una secuela más íntima y madura de nuestra propia historia, pero que destaca la resiliencia, el coraje y la valentía de niños, niñas, adolescentes, jóvenes y adultos que miraron de frente el dolor para buscar, en medio de los surcos, su otra versión. Seis relatos de vida que demuestran que cuando una familia no puede o no sabe estar, hay cuidadoras, educadoras, técnicos, profesionales, aliados, socios y empresas dispuestas a acompañar y transformar.

Si una organización pudiera envejecer como una persona, hoy estaríamos en esa edad donde ya no se camina con agilidad, pero se avanza a paso firme. Encarnaríamos a una persona mayor, con el rostro marcado por el paso del tiempo al cuidado de cientos de generaciones y con



Jorge Patiño Vargas
Presidente

el desafío constante de siempre poder hacerlo mejor. Ancestralidad de carácter y manos que ya no tiemblan de miedo, sino de emoción por cada pequeño y gran logro, que guarda cartas, fotos, dibujos en un baúl de una memoria poblada de recuerdos.

Manos que los años les enseñaron a sostener con vocación y amor a niños, niñas y jóvenes que fueron desarraigados de su raíz, de sus casas, de sus barrios y que llegaron con la mirada extraviada y herida, cuando ninguno de ellos hizo nada malo para estar lejos de aquello tan trascendental en la vida de cualquier ser humano: el cariño de una familia.

Antes de convertirnos en esa persona de edad avanzada, fuimos jóvenes y soñadores. Empezamos con los brazos humildes en solo una casa en Concepción y con el paso del tiempo fuimos creciendo. A nuestra mesa se sumaron madrinas y padrinos, amigas y amigos, vecinas y vecinos, hermanas y hermanos, quienes nos permitieron hacer lo que mejor sabemos: proteger, fortalecer y acompañar.

Proteger a niños y niñas, para que incluso en medio de las espinas pudieran florecer, ha sido nuestra inspiración. Con el apoyo incondicional de nuestros equipos y mediante vínculos afectivos fuertes y duraderos, nos propusimos que los cumpleaños y las celebraciones del día de la madre o el padre dejaran de doler.

Fortalecer a familias y comunidades también se convirtió en nuestra pasión, porque los niños y niñas necesitan adultos que no se definan por el caos y la carencia, sino por la certeza de que ellos y su multiplicidad de herramientas son el mejor y el único lugar idóneo para cuidar a sus hijos e hijas. Y en esta misión, acompañar incondicionalmente a nuestros colaboradores y profesionales igualmente se hizo fundamental, para que cuidar a quien cuida sea nuestro norte y reto cada día.



Osvaldo Salazar Salazar

Director Nacional

Llegamos a Chile cuando no existía una institucionalidad pública específica para la niñez y adolescencia en situación de vulnerabilidad. Hemos sido testigos, mediante la apertura de más de 60 proyectos a largo de estos años, de los cambios sociales, económicos, políticos y culturales que afectan el diario vivir de los niños, niñas y sus familias. Es por ello que nos hemos adaptado a los nuevos contextos. Hoy nuestro foco está centrado en la imperativa urgencia de prevenir, entendiendo que mientras antes lleguemos a una familia y niño o niña en riesgo, su recuperación en el menor tiempo se convierte en una certeza.

Hoy, al cumplir 60 años, no solo abrazamos cada aprendizaje y cada error como una oportunidad que nos permite crecer y mejorar, también celebramos todo aquello que el tiempo y la resiliencia pudo transmutar. Porque cambiar historias no es solo acoger, es creer que una nueva vida siempre es posible.

Con el apoyo de cada uno y una de ustedes, seguimos con la convicción intacta de que cuidar y empoderar es un acto de esperanza profunda y radical, vital para nuestra evolución como humanidad.

Con afecto,



Jorge Patiño Vargas

Presidente
Aldeas Infantiles SOS Chile



Osvaldo Salazar Salazar

Director Nacional
Aldeas Infantiles SOS Chile



Cronología

Apertura de proyectos en las seis décadas de cuidado



1965- 1974

- Instalación de primeras casas en Concepción (1965).
- Inauguración oficial Aldea de Concepción (1967).
- Aldeas Infantiles SOS Madreselvas, Bulnes, Chaimávida, Coyanco.

1975-1984

- Aldea de Punta Tralca.
- Aldeas Infantiles SOS Los Aromos (Santiago), Malleco (Angol), Quilpué y Puerto Varas.
- Colegio de educación básica en Santiago.
- Jardín Infantil Jorge Montt y Pasaje 1 (ambos en Concepción)

1985-1994

- cuna Salay y Jardín Infantil SOS Hermann Gmeiner en Santiago (1986).
- Escuela Básica en Santiago.
- Centro de Atención Diurna (CAD) Alsacia (Concepción), Malleco y Chillán.
- Aldeas Infantiles SOS Antofagasta y Arica.
- Jardín Infantil en Antofagasta, Los Aromos (Santiago), Chillán y Malleco.
- Programa de Fortalecimiento Familiar en Malleco (Angol).
- Centro Médico Dental en Malleco (Angol).
- Construcción de dos casas de emergencia en la Aldea de Antofagasta debido al aluvión.
- Oficina Nacional para prestar apoyo a los Programas del territorio (Santiago).

1995-2004

- Jardín Infantil en Quilpué y Ancud.
- Aldeas Infantiles SOS Curicó y Ancud.
- Centro de Atención Diurna en Antofagasta.
- Programa de Fortalecimiento Familiar (PFF) Alsacia en Concepción.

2005-2014

- Reconocimiento en la Cámara de Diputados por José Miguel Ortiz al aporte de la organización.
- Jardín Infantil en Carahue.
- Programa de Fortalecimiento Familiar en Carahue, Padre Las Casas.
- Programa de Emergencia Tocopilla (Terremoto 2007).
- Aldeas Infantiles SOS Padre Las Casas.
- Equipo de emergencia de Chile se instala en Haití (Terremoto 2010).
- Programa de Emergencia Concepción (Terremoto 2010).
- Centro Comunitario de Cuidado Diario Ángeles, en Santiago.
- Programa de Fortalecimiento Familiar (PFF) Santiago.
- Observa Derechos, observatorio para contribuir a mejorar las políticas públicas a favor de la niñez.

2015-2024

- Programa de Fortalecimiento Familiar (PFF) Antofagasta, San Esteban (Chillán).
- Joven que vive en la Aldea de Quilpué viaja como vocero a Naciones Unidas (Nueva York, 2015).
- Joven que vive en la Aldea de Concepción viaja como vocero a Naciones Unidas (Nueva York, 2017).
- Acompañamiento Familiar Territorial y Prevención Focalizada (AFT y PF) San Ignacio, Portezuelo y Ránquil (Chillán); y Ancud.
- Reconocimiento por la integridad de Fundación Generación Empresarial (FGE, 2024).
- Reconocimiento por la seguridad y salud de Asociación Chilena de Seguridad (ACHS, 2024).







Nuestra Llegada a Chile



La pobreza, la migración del campo a la ciudad y la falta de redes de protección marcaron la realidad de miles de niños y niñas en Chile durante la década de 1960. En este contexto comenzó a gestarse la llegada de Aldeas Infantiles SOS al país, con el propósito de fortalecer el derecho de cada niño y niña a crecer en un entorno familiar protector.

En medio del barro, con pies descalzos, hambrientos, entre desechos y la construcción de las primeras mediaguas, a las orillas del Río Biobío, crecían niños y niñas de Concepción. La mayoría lo hacía en soledad, pidiendo limosnas y trabajando de forma prematura para el alimento y la subsistencia de ellos y de sus hermanos más pequeños. Mientras, sus padres eran acarreados por el éxodo masivo del campo a la ciudad, en busca de mejores oportunidades. Así, en medio de la necesidad de la población Pedro del Río Zañartu, nació Aldeas Infantiles SOS en Chile.

Corría el año 1965, cuando el religioso francés André Schlosser Mittelhauser, quien obtuvo la nacionalidad chilena por gracia en 1992, debido a su contribución social en el gobierno de Patricio Aylwin Azócar (1990–1994), abrió la primera casa de la organización que daría techo y mejores condiciones de vida a siete niños y familias afectados por la pobreza de la época.

La preocupación de este sacerdote por la justicia social se remonta a su vocación. En

En 1954 comenzó a realizar clases de filosofía en el Colegio Sagrados Corazones de Concepción y fundó el Instituto de Promoción Social. En su alumnado promovió la importancia de la dignidad humana y con voluntarios y voluntarias se sumergió en el sector de "La Costanera" para materializar esta nueva obra social.

Una casa no bastó para dar cobijo a quienes continuaban deambulando con la mirada triste y extraviada en los márgenes del río. Conmovido por esta realidad, reunió material y viajó hasta su natal Alsacia (extremo nororiental de Francia), en búsqueda de más recursos. Se reunió con congregaciones religiosas, con personas naturales y empresarios, y en uno de sus viajes a Europa conoció el modelo de Aldeas Infantiles SOS, una iniciativa nacida en Austria tras la Segunda Guerra Mundial como respuesta a la situación de miles de niños y niñas que habían perdido el cuidado de sus familias. Inspirado por esta experiencia y por el respaldo de organizaciones y personas comprometidas con la infancia, impulsó la llegada de este proyecto a nuestro país, donde





Primeras mediaguas de la población Pedro del Río Zañartu en Concepción: registros de la década del 60 utilizados por el religioso André Schlosser para sensibilizar en Europa sobre la precaria y adversa situación que vivían las familias chilenas.

comenzó a construir una alternativa de cuidado basada en el afecto, la protección y la vida en familia. Desde sus inicios, este modelo se sustentó en la convicción de que todo niño y niña necesita crecer en un entorno protector, con vínculos estables y afectivos que favorezcan su desarrollo. Sobre esa base se consolidaron cuatro principios fundamentales: la madre SOS (una madre de corazón), los hermanos

que deben permanecer juntos, la casa y la Aldea, entendida como la comunidad que sostiene y protege. Desde aquí se fundan los valores y principios de esta organización sin fines de lucro, donde el calor de hogar es la base para superar cualquier adversidad.



Niñez, vulnerabilidad y soledad se entrecruzan en la llegada de Aldeas Infantiles SOS a Chile. Niños y niñas creciendo solos en contextos de escasez y cuidando a sus hermanos más pequeños de edad, mientras sus padres trabajaban.

¿Por qué llegamos a Chile?

En la década del 60, nuestro país enfrentaba altos niveles de pobreza, deserción escolar, trabajo infantil, hacinamiento, personas en situación de calle, desnutrición y mortalidad infantil. Un ejemplo de ello es la información que arroja el Anuario de Demografía del Instituto Nacional de Estadísticas de

1998, que asevera que la tasa de mortalidad infantil en 1968 alcanzaba a 87 por cada 1000 niños nacidos vivos!.

La información detallada por el médico e investigador Fernando Monckeberg, en la revista

1 Instituto Nacional de Estadísticas INE (1998). Anuario de Demografía: Estadísticas Vitales.



Más que un conjunto de casas, este fue el comienzo de una convicción: que cada niño y cada niña merece crecer rodeado de afecto, cuidado y protección. Desde este lugar se inició en Chile un propósito que, con el tiempo, se expandiría a distintas regiones del país para acompañar a miles de niños, niñas, adolescentes y familias.

Chilena de Nutrición (2003)², contempló que la desnutrición infantil (hasta los 6 años) en 1960 era de un 37%, y en 1970 ya se había logrado disminuir a un 19,3%, gracias a las políticas públicas desplegadas en la época. Además, enfatizó que durante las décadas de 1950 y 1960, el 80% de las camas pediátricas de los hospitales del país estaban ocupadas por niños y niñas menores de

dos años con desnutrición grave del tipo marasmo (extremado enflaquecimiento del cuerpo humano). Las madres se veían impedidas de amamantar de forma adecuada a sus hijos e hijas, porque debían salir a trabajar para llevar el sustento a sus hogares monoparentales.

El especialista chileno en nutrición realizó una contribución importante a la política de nutrición

2 Monckeberg, F. (2003). Prevención de la desnutrición en Chile. Experiencia vivida por un actor y espectador, Revista Chile de Nutrición, 30(1), 160-176.

infantil y salud pública, implementando en el gobierno de Salvador Allende (1970 – 1973) la entrega del medio litro de leche diaria para todos los niños y niñas menores de 15 años, medida sanitaria que contribuyó a bajar la tasa de mortalidad infantil.

Quien conoció de cerca esta difícil situación fue Osvaldo Salazar, actual director nacional de Aldeas Infantiles SOS Chile. En 1966, cuando tenía dos años y junto a su hermano biológico, Carlos Salazar, fueron parte de una de las primeras generaciones que llegó



Familias que vivían en condiciones de hacinamiento y pobreza extrema, pero con lazos de amor que dan calor y abrigo en medio de las carencias de la época.

a vivir a la organización, en una de las casas que se emplazaban en la población Pedro del Río Zañartu (Concepción). *“Yo recuerdo que, al principio, llegaron muchos niños con desnutrición severa. Algunos yo creo que, si tardaban en ingresar una semana más, corría riesgo su vida. La mayoría entraba entonces por situaciones de extrema precariedad, donde el alimento para todos los integrantes no era posible para familias considerablemente numerosas. La pobreza era sinónimo de riesgo de vida”.*

Al problema de la desnutrición se sumaba el trabajo prematuro y forzado de los niños y niñas. De acuerdo con el Censo de 1960³, se puede afirmar que, a los 12 años, un 9,4% participaba en alguna actividad laboral, remunerada o no. A los 13 años, la proporción subía a un 15% y a los 14 años alcanzaba un 27,4%. De este total, cerca de la mitad correspondía a quehaceres domésticos realizados por niñas. Se desprende, además, que una cuarta parte de los niños de 15 años eran trabajadores incorporados a la actividad económica, proporción que se elevaba a más de un tercio entre los jóvenes de 16 años. A los 17 años, casi la mitad pertenecía a la fuerza de trabajo⁴.

Este fenómeno ocasionó deserción escolar desde temprana edad y, para dar respuesta a las

3 Dirección de Estadísticas y Censos (1964). Población del País. Características básicas de la población (Censo 1960). <https://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:86206>

4 Rojas, Jorge (2016). Historia de la Infancia en el Chile Republicano (1810-2010), Ediciones de la Junji, Vol. 2, pág 22.



Una de las primeras casas de Aldeas Infantiles SOS en Concepción. Niños y niñas comparten juegos y aprendizajes junto a su cuidadora. Un espacio que ofrecía contención, estructura y afecto en tiempos de privación de alimento, de cuidado, de educación y del ejercicio de la mayoría de sus derechos.

bajas tasas de escolaridad, en 1965, el presidente Eduardo Frei Montalva (1964 – 1970) lanzó un plan de educación para que ningún niño y niña se quedara sin enseñanza básica. A la vez, se avanzó en la construcción de más escuelas, en la ampliación de la matrícula y en campañas en medios de comunicación se promovió este derecho en las familias chilenas. En 1964, se creó la Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas, Junaeb, que buscaba asegurar el acceso y la permanencia de los niños y niñas en el sistema educativo.

Este ímpetu continuó en el siguiente gobierno, quien tuvo como uno de sus principales lemas de campaña y gobierno “*El niño nace para ser feliz*”, donde la educación como derecho humano era parte constitutiva de esa felicidad. Entregar matrícula gratuita, libros, cuadernos y útiles escolares sin costo, para todos los niños y niñas, fueron parte de las primeras medidas de su proyecto político popular.

Oswaldo Salazar recuerda que, durante los primeros años de la década de los 70, Aldeas

Infantiles SOS tuvo el privilegio de ser uno de los lugares que era priorizado en términos de la distribución de los alimentos, gracias al accionar de Caritas Chile, organización social fundada en la década del 50 por el cardenal Raúl Silva Henríquez. *“No tuvimos ninguna carencia de carácter material, de alimentación, de cultura, vestuario y educación. La carencia fundamental era no tener a tu mamá, a tu papá, al lado viviendo contigo. La Aldea, en cierta medida, trataba de ayudar a disminuir todas estas pérdidas a través de proveer todas las condiciones necesarias para que tú te sintieras bien, y que, junto con el dolor de la pérdida de tu familia, no se otros dolores. Aldeas sabía desde un comienzo que el entorno educa, acoge y también contribuye a los procesos terapéuticos”.*

Entonces, se observa que quienes fueron los principales gestores de entregar apoyo y cobijo a quienes vivían en exclusión, fueron diversas comunidades religiosas y personas naturales con un fuerte compromiso social. Para el caso de Aldeas Infantiles SOS en Chile, el surgimiento

de la mayoría de sus proyectos, que buscaron disminuir las vivencias de miseria en los niños y niñas, contaron en sus inicios con la presencia de misioneros y misioneras pertenecientes a la Iglesia católica.

¿Qué rol cumplía el Estado en el surgimiento de estas iniciativas sociales?

En las décadas del 50 y 60, el organismo encargado de velar por una multiplicidad de servicios que precisaba la población en general, como salud, protección social y reinserción, fue el Servicio Nacional de Salud (SNS), creado en 1952, bajo la Ley 10.383. De este organismo dependían directamente establecimientos que recibían aportes estatales para atender a menores de edad, procedentes o no de tribunales de justicia, con y sin problemas conductuales. Sin embargo, esta entidad tenía escasa injerencia sobre el funcionamiento de las iniciativas privadas que se desplegaban



En 1969, en Las Condes había 25 alumnos por profesor y solo en 9% de las casas existía hacinamiento, mientras que en Barrancas (hoy Pudahuel), había 52 alumnos en promedio y el 69% de las viviendas tenía exceso de moradores. (“Los hijos del subdesarrollo”, en Ercilla, Stgo., N° 1.771 /1969, p. 59)

En los inicios, diversas religiosas apoyaron la instalación de los proyectos de Aldeas Infantiles SOS Chile en la región del Biobío.



de forma espontánea en el territorio para dar respuesta a niños y niñas en situación de peligro.

El primer esfuerzo para regularizar la relación entre el sistema público y las organizaciones privadas cooperadoras fue el Consejo Nacional de Menores (Coname), creado en 1966. De acuerdo con lo que expresa la Ley 16.520, este organismo fue el *“encargado de planificar, supervigilar, coordinar y estimular el funcionamiento y la organización de las entidades y servicios públicos o privados, que presten asistencia y protección a los menores en situación irregular”*. En 1967, Aldeas Infantiles SOS Chile recibió el reconocimiento de este órgano del Estado por la apertura oficial de sus primeros proyectos en Chile, en Concepción y Santiago.

Sin embargo, el desempeño del Coname se asimiló más a un consejo consultivo, con una limitada función coordinadora entre los distintos ministerios intervinientes y no logró configurarse como un servicio público eficiente. La creación del Servicio Nacional de Menores (Sename), a principios de 1979, en plena dictadura, mediante el Decreto de Ley 2.465, estableció los fundamentos de la política de protección y asistencia a la niñez en Chile. Buscó, además, resolver las dificultades

de funcionamiento y dotar de atribuciones operativas a este nuevo organismo en la atención directa y la creación de establecimientos para asistir integralmente a los niños y niñas en situaciones de vulnerabilidad.

De acuerdo con el decreto con fuerza de ley⁶, el nuevo organismo, dependiente del Ministerio de Justicia, estaba encargado de *“ejecutar las acciones que sean necesarias para asistir o proteger”* y *“estimular, orientar, coordinar y supervisar técnicamente la labor que desarrollen las entidades públicas o privadas que coadyuven con sus funciones”* (art. 1). El organismo podía *“desarrollar y llevar a la práctica sistemas asistenciales, por sí mismo o a través de las instituciones reconocidas como sus colaboradoras”*. Incluso podía *“estimular la creación y funcionamiento”* de entidades y establecimientos privados que prestaran atención y asistencia a los menores de 18 años (art. 3).

Si bien la creación del Sename se convirtió en el primer esfuerzo concreto por crear una política social estatal robusta, con recursos amplios y una institucionalidad específica que buscaba hacerse cargo de la niñez y juventud en situación vulnerable, de igual forma, en sus bases, promovía la colaboración del sistema

5 Ley 16.520 Crea Consejo Nacional de Menores y Modifica Ley N° 14.907 (1966, 21 de julio). Ministerio de Justicia. <https://bcn.cl/2878>

6 Decreto Ley 2.465 Crea el Servicio Nacional de Menores (1979, 10 de enero). Ministerio de Justicia. <https://bcn.cl/2ey0b>



En su preparación para la vida adulta e independiente, jóvenes tomaban talleres de costura, donde confeccionaron manteles, cortinas y ropa de cama para los proyectos residenciales cercanos y donde ellas mismas vivían.

privado en pos del cumplimiento de objetivos de bien público.

La atención directa entonces la continuaron desarrollando los organismos colaboradores sin fines de lucro, quienes llevaban más de un siglo liderando esta labor con, hasta ese entonces, buenos resultados, egresos de primeras generaciones y el crecimiento y la ampliación de sus obras a lo largo de Chile.

Ya para en 1979, Aldeas Infantiles SOS contaba con 15 programas en sus diferentes líneas de atención en ese entonces: residencia para niñas,

niños y adolescentes, talleres de oficios para los y las jóvenes, centros médicos, jardines y colegios para apoyar a las familias en sus territorios.

Para el historiador Jorge Rojas Flores⁷, la irrupción del golpe de Estado y la instalación de su política neoliberal, comenzó a gestar la idea que el aparato público no podía proveerlo todo y creció la valoración del sector privado como coadyuvante de la acción estatal. Es así como se generaron instrumentos para el sostenimiento, la promoción y el crecimiento de diversas instituciones de beneficencia.

En este escenario, las funciones operativas del Sename quedaron reducidas y la asistencia de menores de edad quedó traspasada a organizaciones privadas sin fines de lucro, quienes tenían la experiencia acumulada y los recursos para hacerse cargo de esta población. Podían, además, aumentar o mejorar sus coberturas, dado que recibían un subsidio del Estado, bajo un sistema de subvenciones que quedó normado en 1980.

En agosto de 1990, con el retorno a la democracia, el Estado de Chile ratificó la Convención sobre los Derechos del Niño (CDN), donde se compromete con la protección integral y la garantía de derechos de niños, niñas y

7 Rojas, Jorge (2016). Historia de la Infancia en el Chile Republicano (1810-2010), Ediciones de la Junji, Vol. 2, pág 22.



Pese a los esfuerzos de todos los gobiernos, a abril del 2025, más de 41 mil niños y niñas están en listas de espera para acceder a los servicios de atención especializada, mientras que más de 250 están a la espera de un cupo en programas residenciales.

adolescentes. Para ello, impulsa una fuerte inversión en programas sociales para la reducción de la pobreza y ampliación del acceso al sistema educativo, entre otras medidas en el ámbito económico y laboral.

En base a estos avances, en el Gobierno del presidente Ricardo Lagos (2000 – 2006) se

implementó el Programa Chile Solidario, concebido como un sistema de protección social orientado a la superación de la extrema pobreza o indigencia, mediante el acceso a un conjunto de programas y beneficios sociales. El Programa Puente, como proyecto eje, fue el inicio del modelo de bienestar social que hoy está instalado en nuestro país.

En el primer mandato de la presidenta Michelle Bachelet (2006 – 2010), en 2007, se implementó el programa Chile Crece Contigo, un sistema intersectorial de protección que busca entregar una gestación y niñez digna hasta los ocho años. Prima en su ejecución actual un acceso igualitario y diferenciado en cuanto a prestaciones de salud, educación (3.500 salas cuna públicas), desarrollo social y apoyo legal en los casos que se requiriera.

En el ámbito de la protección especializada, en 2005 se aprobó la Ley 20.032, que regula el régimen de aportes financieros del Estado a los organismos colaboradores acreditados (OCAS). Formalizó el modelo de subvención condicionada y estableció el proceso de concursabilidad para la asignación de los proyectos y recursos, mediatizado por la firma de un convenio. Asimismo, se aprobó la Ley 20.084 que establece un sistema de responsabilidad penal adolescente por infracciones a la ley, que eliminó el trámite del discernimiento y establece programas de reinserción social.

En esta misma línea y en su segundo mandato, en 2016 la presidenta Bachelet dio a conocer la segunda Política Nacional de Niñez y Adolescencia para el periodo 2015-2025, que consideraba la creación de una nueva institucionalidad, como una Subsecretaría de Niñez, una Defensoría de los Derechos de la Niñez y el reemplazo del Sename por dos

organismos: el Servicio Nacional de Protección Especializada (SPE) y el Servicio de Reinserción Social Juvenil.

Esta separación de los servicios se logró materializar recién cinco años más tarde, en 2021, en el segundo gobierno de Sebastián Piñera (2018 – 2022), con la aprobación de la Ley 21.302 que crea el Servicio Nacional de Protección Especializado a la Niñez y Adolescencia (SPE), y que quedó bajo la dependencia del Ministerio de Desarrollo Social, mientras que el encargado de adolescentes en conflicto con la ley, es el Servicio Nacional de Reinserción Social Juvenil, se mantuvo bajo la dependencia del Ministerio de Justicia.

Otro avance significativo en materia de institucionalidad es la Ley 21.430 de Garantías y Protección Integral de Derechos de la Niñez, aprobada en 2022, bajo el mismo mandato del presidente Piñera, la cual establece la instalación de un sistema local de protección integral mediante las Oficinas Locales de la Niñez (OLN), como ente de autoridad administrativa. A través de la promoción, y la prevención de vulneraciones estos organismos tienen como objetivo proteger de forma universal o especializada los derechos de los niños y niñas. Estas nuevas entidades, instaladas en cada comuna, se ejecutan en el actual gobierno del presidente Gabriel Boric (2022 – 2026).

Los inicios y la evolución del modelo de Aldeas Infantiles SOS en Chile

Al poco tiempo de la apertura de su primera casa en Concepción, los niños y niñas que estaban en el inmueble cercano al río Biobío fueron trasladados a la Aldea de Concepción ubicada en las calles Arturo Prat con Almirante Riveros, obra diseñada por el arquitecto Osvaldo Cáceres González, quien se inspiró en edificaciones europeas de la época. En 1967, se inauguró oficialmente este proyecto de acogida, hito de inicio al que asiste la primera dama de la época, María Ruiz-Tagle.

A dos años de la instalación de la primera casa, Aldeas Infantiles SOS había ampliado su labor y atendía a más 90 niños y niñas, con nueve casas en funcionamiento en la zona del Biobío. Y ya en su primera década de vida (1965-1974), contaba con seis proyectos residenciales para niños, niñas y adolescentes en la zona centro y sur del país, específicamente en Concepción, Santiago, Bulnes, Chaimávida y Coyanco, impactando en el desarrollo y el cotidiano de más de 330 niños, niñas, adolescentes y jóvenes.

Esta obra social innovadora para su época representa uno de los primeros esfuerzos en Chile por sustituir el modelo de orfanato tradicional de gran tamaño, despersonalizado y un tanto frío, por uno basado en un hogar lo más parecido a una familia. Pero no cualquier hogar,

uno abundante de momentos de niñez feliz, celebraciones de cumpleaños, navidades, fiestas patrias inolvidables, la asistencia a los mejores colegios de la zona y piscinas al interior de los recintos, características que podían suscitarse gracias a que los recursos provenían en su mayoría de su casa matriz en Austria.

El apoyo internacional que fue decreciendo con el paso de los años y que hoy tiene a Chile como una asociación autosuficiente económicamente, que se sostiene con la subvención estatal (65%) y con la donación mensual (35%) de sus casi 60 mil socios y socias que están comprometidos con el bienestar de los niños, niñas y sus familias.

“Las Aldeas eran condominios gigantes con los mejores estándares europeos que, estimo, eran solamente alcanzables aquí por la clase media alta de la sociedad chilena”, señala Osvaldo Salazar.

“Yo recuerdo el sonido de los niños en la piscina, el viejo pascuero, las muestras artísticas que hacíamos”. Así rememora sus primeros años de vida Francisco Hernández, una de las primeras generaciones de la Aldea de Bulnes. Este hombre, de hoy 57 años, relata su llegada a la organización, “una tía nos llevó a Aldeas en el año 75 juntos a mis hermanos, porque mi padre había fallecido, nos fuimos a la pobreza de un momento a otro y mi mamá no tenía cómo mantener a seis niños. Cuando yo llegué tenía siete años y recibí en ese momento una mamá, recibí hermanos, recibí un mundo nuevo, del cual





La Aldea de Concepción fue inaugurada en 1967 y atendía en ese entonces a 90 niños y niñas de la Región del Biobío que no podían ser cuidados por sus familias debido, en su mayoría, a situaciones de pobreza extrema.

estoy tremendamente agradecido y con quienes aún comparto hasta hoy”.

En los primeros años de existencia, los niños y niñas llegaban de forma espontánea a los programas y no existía el marco legal que indicaba que la pérdida del cuidado familiar sólo podía ocurrir mediante una medida de protección dictada por un tribunal competente, como hoy ocurre.

En sus inicios, los proyectos estaban diseñados para la larga permanencia, donde los niños y niñas

llegaban a tempranas edades y egresaban siendo jóvenes con algún título técnico o profesional. José Leopoldo Eguiguren llegó con solo seis meses de vida a la Aldea de Madreselvas, en Santiago, en 1969, lugar que para él siempre fue su casa y de la que se fue recién a los 24 años con una carrera de dibujante técnico de respaldo. Para él, su estadía en la Aldea significó, en una palabra: felicidad.

Cada programa tenía la capacidad para atender desde 108 hasta 150 niños y niñas. Vivían entre 10 y 12 niños por casa y cada Aldea en su conjunto contaba con unas 12 casas. Cada inmueble estaba a cargo de una madre SOS, quien en su mayoría recibía a los niños y niñas desde edades tempranas y se convertía en su adulto significativo para toda la vida. Ella contaba con el apoyo de una trabajadora social y el director que cumplía el rol de padre, si se trataba de una figura masculina.

Así lo recuerda María Elena Gallardo, cuidadora de la Aldea de Angol, quien suma más 33 años trabajando en la organización y es la referente principal de Arturo Añir y de varios jóvenes más que acogió siendo unos bebés. “A Arturito lo recibí de dos meses y veinte días. Yo recién me había hecho cargo de una casa. Era un bebé ideal, porque yo le daba una mamadera, la última a las once de la noche y a las siete de la mañana se despertaba, dormía súper tranquilo”. Arturo hoy es gendarme, tiene 28 años y sigue en contacto con quien él





Muchos niños y niñas tuvieron contacto con la naturaleza, con ríos, lagos y el mar, después de haber ingresado a la organización.

Antes, sus familias no pudieron entregarles espacios de recreación y esparcimiento por la difícil situación diaria y carente que vivían.

considera su madre, pasa las vacaciones con ella y con sus hermanos de casa y los hijos de ellos, para él sus sobrinos.

Es este tejido de amor y de construcciones vinculares, uno de los principales legados para las innumerables historias de vida que se entretajan en los 60 años de Aldeas Infantiles SOS. La mayoría dado por personas que no cuentan con lazos sanguíneos, pero sí hermandades de corazón, como es el caso de Rosa Merino y Francisco Hernández. Ellos se criaron juntos en la década del 70 en la Aldea de Bulnes y hoy en su vida adulta nuevamente están reunidos bajo el mismo techo, acompañándose y cuidándose, porque así lo eligen.

La misma situación se presenta en el caso de Isabel Cayul, joven que creció en la Aldea de Angol, quien hoy cursa en Los Ángeles la carrera de Ingeniería en administración de empresas. *“Las personas con las que uno convivía veinticuatro siete, éramos como una familia y quedó ese vínculo para siempre. En estos minutos yo estoy aquí en Angol, porque no alcancé el bus para Los Ángeles, y me quedé en la casa de mi hermana, pero no de mi hermana biológica, pero sí es mi hermana de casa. Entonces este vínculo continúa, si necesitas algo, dónde quedarte y cosas así, yo sé que cuento con ella y ella conmigo”.*

Cuando la familia no puede estar, siempre hay otras personas que pueden contribuir en el logro de sueños y proyectos.

*“Estos centros eran para que **los niños y niñas estuvieran en un lugar protegido, de cuidado, mientras las mamás trabajaban,** porque en ese tiempo igualmente como ahora, había muchas familias monoparentales”.*

María Eugenia Olivares, directora de proyecto preventivo en Chillán.

Cecilia Hernández, joven que vivió su adolescencia y juventud en la Aldea Curicó, agradece la vinculación que tuvo con una profesora de inglés que conoció en un antiguo internado. *“En Aldeas fueron a verla, a conocerla y una vez de haber pasado ciertos filtros, me dejaron seguirla visitando. Hoy paso mis cumpleaños con ella y es una persona a quien adoro”.* Para la joven TENS, esta maestra es una de las personas adultas más importantes en su vida, un vínculo sanador que la organización se preocupó de preservar y fomentar.

La salud también fue una preocupación y ocupación de la organización en sus orígenes. Para dar respuesta a los problemas dentales graves con los que llegaban los niños y niñas, se abrió en las décadas del 80 y 90, dos centros en Bulnes y Angol para atender las situaciones de emergencia. Luego, se comenzó a trabajar la prevención de enfermedades bucales y estas

unidades de salud se convirtieron en un apoyo para las otras líneas de atención que desarrollaba Aldeas Infantiles SOS en el país, como fueron sus jardines y colegios, que dejaron de operar a inicios del 2000.

Hacemos más

Para fines de los 70 y principios de los 80, los niños y niñas que formaron las primeras generaciones comenzaron a crecer y, cuando cumplían 15 años, eran trasladados a las Comunidades Juveniles. Eran casas que se instalaron en el centro de cada ciudad, fuera de la residencia, separadas para hombres y mujeres, que tenían la finalidad de prepararlos y acompañarlos en la transición a su vida adulta. En este proceso se les brindaba todas las condiciones para que continuaran sus estudios, ya sea en alguna carrera profesional o técnica,





En los inicios de la organización en el país vivían hasta 10 niños y niñas por casa y se procuraba mantener juntos a los hermanos y hermanas biológicos. Cada Aldea tenía la capacidad de atender a más de 100 niños y niñas con diez casas operativas.

o la participación en talleres de oficios que les permitiera una independencia económica. Entre 1985 y 1986, el proyecto que más casas habilitó para jóvenes fue en la Región del Biobío con ocho residencias operativas, en las que vivían 20 jóvenes por inmueble.

“La Aldea me dio la posibilidad de estudiar en un colegio técnico que era de la misma organización.

Yo primero estudié tejido industrial, terminé los dos años, hice la práctica, pero no me gustó, porque era un trabajo muy encerrado. Entonces pedí estudiar electricidad. Mostré mis notas, me dieron la posibilidad, y hasta el día de hoy es con lo que me mantengo. Actualmente, trabajo en el mantenimiento



La Aldea de Curicó se inauguró en 1997 y es el único proyecto residencial que tiene una sala espejo, donde integra tecnología al proceso interventivo de los niños, niñas y sus familias. Mediante un sistema de audio y video, se busca evitar la victimización secundaria.

de equipos médicos en Santiago, en distintos Cesfam, clínicas y hospitales”, señala Francisco Hernández.

Mediante un trabajo colaborativo con la Junji e Integra, Aldeas Infantiles SOS decide comprometerse con la educación de los niños y niñas y comienza a ejecutar jardines infantiles y colegios a los que asistían los participantes de sus proyectos residenciales, pero también miembros de la comunidad. *“Estos proyectos*

educativos tenían la impronta organizacional, de trabajar con las familias, de fortalecerlas, pese las complejas realidades que vivían”, recuerda Norma Valdés, actual líder nacional de desarrollo programático y que llegó a trabajar a un jardín de Concepción en 1997.

Luego, a estos proyectos educativos, se adosaron programas preventivos del Sename, denominados Centro de Atención Diurna

“Cuando yo llegué **tenía siete años y recibí en ese momento una mamá, recibí hermanos, recibí un mundo nuevo, del cual estoy tremendamente agradecido y con quienes aún comparto hasta hoy”.**

Francisco Hernández (57 años), acogido en la Aldea SOS de Bulnes en 1975.

(CAD), que posteriormente pasaron a ser Centro Infanto Juveniles (CIJ), los cuales fueron unas de las primeras iniciativas de tipo preventiva que desplegaba la organización y que contaban con una subvención del Estado.

“Principalmente estos centros eran para que los niños y niñas estuvieran en un lugar protegido, de cuidado, mientras las mamás trabajaban, porque en ese tiempo igualmente como ahora, había muchas familias monoparentales, donde la jefatura de hogar era femenina. Y también había muchos casos de alcoholismo de parte de las figuras paternas masculinas, donde toda la responsabilidad de crianza y de mantención recaía sobre las madres. Los niños y niñas, además, no tenían las condiciones básicas en sus viviendas, como agua caliente, un baño digno, alcantarillado, entonces esos accesos se suplían en estos centros”, recuerda María Eugenia Olivares, actual directora



Durante las primeras cuatro décadas de vida, Aldeas Infantiles SOS llegó a conformar ocho comunidades juveniles para prepararlos para su vida autónoma. Actualmente, les sigue apoyando en la medida que continúen sus estudios hasta los 24 años, debido a los vacíos respecto a esta materia de la Ley 21.302 que rige al Servicio de Protección Especializada.

de un proyecto preventivo en Chillán y quien trabajó en estos centros en los años 90.

Los niños y niñas vivían con sus familias de origen y asistían a los CAD en jornada contraria al colegio. Es decir, si tenían jornada escolar en la tarde, ellos llegaban en la mañana al centro a tomar desayuno, se les hacía reforzamiento, actividades recreativas y lúdicas, almorzaban y después se iban a la escuela. Misma situación con quienes cursaban en la mañana, ellos pasaban la tarde en estos recintos y se iban con sus padres quienes los retiraban después de sus jornadas laborales. La organización llegó a tener cuatro de estos centros en la zona sur y norte del país, donde se estima se atendieron a más de 600 niños, niñas y familias.

Luego, en el 2000, los Centros de Cuidado Diario, en convenio con el Estado, pasaron a llamarse Centro Infanto Juvenil (CIJ), y la gran diferencia con la modalidad anterior es que el programa debía establecerse en el lugar de residencia de los niños y niñas. Los y las profesionales y las educadoras se emplazaron en las poblaciones y realizaban visitas domiciliarias para trabajar con la familia y contribuir en la superación de las problemáticas, ya sea a nivel económico o en términos de crianza. Mediante talleres y actividades distendidas se buscó entregar más herramientas al núcleo familiar para el cuidado y protección de ese niño/a.

En esa misma línea trabajaron los Programas de Fortalecimiento Familiar (PFF), que surgieron en 2004 y aún se mantienen, los cuales se insertaron en comunidades con altos niveles de vulnerabilidad para apoyarles en la crianza de sus hijos e hijas. Estos proyectos, debido a una refocalización de la política pública, dejaron de contar con subvención estatal y actualmente funcionan con recursos organizacionales propios. A la fecha, Aldeas Infantiles SOS desarrolla esta línea de atención promocional en campamentos de la zona norte de Antofagasta y en la ruralidad de Temuco hacia la costa, en Carahue y Trovolhue, dos proyectos de norte a sur con prevalencia de situaciones de migración forzada y consumo problemático de alcohol.

En 1990, al alero de los proyectos residenciales, se creó en Concepción una Oficina de Egresados para brindar apoyo de apresto laboral y de vivienda a los y las jóvenes que iban dejando las Comunidades Juveniles tras finalizar sus ciclos formativos. Se les instó a adquirir sus primeras viviendas y realizar trabajos formales para lo que sería su vida independiente. Mientras esto ocurría, en Santiago, en 1994, se estaba construyendo lo que sería la Oficina Nacional, iniciativa que buscó agrupar todos los proyectos sociales presentes en el territorio nacional, bajo una misma personalidad jurídica y federación.

“Recuerdo que eran puros tableros esta oficina cuando recién llegamos aquí a Providencia, en Santiago.





La organización tuvo bajo su administración jardines infantiles, colegios y centros de cuidado diario para garantizar la educación de los niños y niñas, como una herramienta poderosa que les permite romper con el círculo de la exclusión y vulnerabilidad.

Se trasladaron personas de Aldeas Internacional y trabajadores de otras regiones para conformar un solo equipo gerencial, de finanzas, relaciones públicas y padrinazgo, donde no éramos más de 20 personas”. Así camina y se pasea con nostalgia por Los Leones 382, Ricardo Campos, actual administrativo contable quien llegó a trabajar a la organización en 1986.

Este proyecto de unificación surge para brindar apoyo a las diversas unidades programáticas de la organización a lo largo del país y trabajar todos bajo las mismas políticas y premisas organizacionales, donde destacan la Política de Salvaguarda, la Promesa de Cuidado y la Estrategia 2030⁸, que apuntan a la misión de impulsar el desarrollo y autonomía de

8 Aldeas Infantiles SOS Chile (s.f). Políticas Organizacionales. <https://www.aldeasinfantilessos.cl/conoce-aldeas-infantiles/trabajamos-por-los-derechos-del-nino/politicas-organizacionales>

los niños y niñas, mediante la prevención, el acogimiento en entornos familiares protectores y el fortalecimiento de sus redes familiares y sociales.

En 2005 y con 40 años de trayectoria en Chile, el diputado demócrata cristiano, oriundo de Concepción, José Miguel Ortiz, realizó un sentido reconocimiento a Aldeas Infantiles SOS por su contribución a favor de la niñez y la juventud chilena. Al homenaje en la Cámara de

Diputados asistieron con orgullo los principales representantes de la organización en Chile.

Mandatados a actuar por emergencias

Desde tiempos inmemoriales, Chile es azotado por diversos desastres naturales. En junio de 1991, Antofagasta se tiñó de barro en uno de los aluviones más catastróficos del que se tenga memoria. Para apoyar a los damnificados, la



Gracias a los primeros proyectos preventivos que desarrolló Aldeas Infantiles SOS en Chile (CAD y CIJ) en la década del 80 y 90, las madres salían a trabajar tranquilas sin la incertidumbre de dejar solos o desprovistos a sus hijos e hijas.

organización habilitó dos casas para las familias que habían perdido sus hogares y sus enseres en la población Morro de Arica. En tanto, para el terremoto del 2007 de Tocopilla, se creó un equipo nacional de emergencias, que desplegó apoyo diario y directo a las víctimas de este movimiento telúrico, que dejó sin vivienda a más de cuatro mil familias. Este mismo grupo humano actuó con celeridad para el terremoto del 27 de febrero de 2010 y se instaló en Concepción para dar apoyo a los niños, niñas y familias afectadas por el tsunami. Uno de los desastres más grandes que haya azotado a la población chilena, donde perdieron la vida más de 500 personas en las costas de la Región del Biobío.

Algunos integrantes de esta comisión también viajaron ese verano del 2010 para atender a las víctimas del terremoto de Haití, considerada una de las tragedias humanitarias más graves del siglo XXI, por tratarse de un país con altos niveles de pobreza y escasa infraestructura y donde se estima, fallecieron más de 230 mil personas, según fuentes oficiales.

Comprometidos con el derecho a vivir en familia

En 2009 fueron aprobadas por Naciones Unidas las Directrices sobre las modalidades alternativas de cuidado de los niños, que relevan la importancia de la convivencia familiar en la



Actividad de autocuidado realizada en mayo del 2025 para madres participantes del Programa de Fortalecimiento Familiar (PFF) de Antofagasta, quienes viven en el Campamento Nuevo Latir compuesto mayoritariamente por familias migrantes.

vida y desarrollo integral de los niños y niñas. Este marco normativo tiene por objeto promover la aplicación de la Convención sobre los Derechos del Niño (CDN) en las disposiciones relativas a la protección y al bienestar de los menores de edad privados del cuidado parental o en peligro de encontrarse en esa situación. Aldeas Infantiles SOS participó en su elaboración y en 2010 su Senado Internacional aprobó estas Directrices como un marco fundamental de referencia para su quehacer.

A partir de entonces, se desarrollaron acciones de incidencia para promover su implementación y

“Contar con el apoyo de tres cuidadoras más, me permitió pensar en estudiar y decidí entrar a la carrera de trabajo social.

*Los niños me preguntaban «Mami, ¿cómo te ha ido?»
o “tía, ¿cómo te ha ido?», «¿tienes trabajo que hacer?»
o «¿qué tienes que hacer?»*

***Cultivaba en ellos la idea de que sí
es posible trabajar y estudiar”.***

Luz Durán, excuidadora en Concepción y hoy acompañante terapéutica en Chillán.

un cuidado alternativo de calidad. En el caso de Chile, diversos seminarios, foros y conferencias han contribuido a esta discusión y mediante la participación en los distintos espacios de la sociedad civil se incide para que el derecho a vivir en familia sea uno de los ejes temáticos primordiales a la hora de diseñar e implementar políticas públicas a favor de los niños y niñas que están riesgo.

Este marco normativo ONU se convierte en una nueva hoja de ruta para la organización, el cual insta a incorporar a la familia como sujeto de atención. Es así como Aldeas Infantiles SOS comienza a depositar sus esfuerzos en reintegrar

familiarmente al niño y niña, y para quienes no cuentan con esta posibilidad, se trabaja la preparación para la vida adulta.

A partir de este cambio de mirada, se deja atrás el concepto de larga permanencia y se da paso a un modelo transitorio cuyo propósito principal es la reintegración familiar y la intervención psicosocial, en base a un plan de trabajo acotado en el tiempo. Se busca que su familia supere las problemáticas que llevaron a la fractura del núcleo familiar y recupere sus cuidados en el menor tiempo posible.

Se deja atrás el concepto de madre SOS para dar paso a las cuidadoras SOS, no solo porque



Taller de oficios laborales en colegios técnicos Hermann Gmeiner, durante la década de los 80. Actualmente, mantenemos nuestro apoyo a jóvenes que continúan su trayectoria en la organización tras cumplir la mayoría de edad, brindándoles herramientas claves para su independencia.

el foco está puesto en la revinculación familiar, sino que también por la necesidad de adecuar los servicios programáticos al enfoque de derechos humanos de acuerdo con la CDN y las Directrices. Junto con ello, la normativa laboral que también se fue modificando y adecuando a la realidad, obliga a implementar un sistema de turnos, dejando en el pasado el trabajo de “madre veinticuatro siete”. Esto les permitió a las trabajadoras antiguas repensar su futuro,

mientras ejercían su rol de encargada de casa o referente afectiva principal.

“Contar con el apoyo de tres cuidadoras más, me permitió pensar en estudiar y decidí entrar a la carrera de trabajo social. Los niños me preguntaban «Mami, ¿cómo te ha ido?» o «tía, ¿cómo te ha ido?», «¿tienes trabajo que hacer?» o «¿qué tienes que hacer?» Cultivaba en ellos la idea de que sí es posible trabajar y estudiar. O sea, ya no era la mami que hacía las



Campamentos de la Región de Antofagasta, una de las ciudades que concentra la mayor cantidad de asentamientos irregulares, población y niñez migrante de Colombia, Bolivia y Perú. Esto de acuerdo con la información entregada por el Servicio de Migración y de Techo para Chile.



cosas, ya no era la tía que se dedicaba al quehacer solamente, sino que también ahora estaba estudiando al igual que ellos y tenía otras responsabilidades”, señala Luz Durán, quien fue cuidadora más de 20 años en Concepción y hoy continúa en la organización, pero ahora integrando una dupla profesional en el rol de acompañante terapéutico en un programa ambulatorio de Chillán.

Junto con estos cambios, las razones por las cuales los niños y niñas perdían el cuidado de sus familias también fueron mutando. *“Antes los niños llegaban porque quedaban huérfanos o su familia era tan pobre que no podía alimentarlos y cuidarlos. Pero hoy los niños llegan con mayores niveles de desprotección y con experiencias adversas muy duras, principalmente por las situaciones de violencia de las que fueron víctimas. Yo no puedo dejar de conmoverme o ponerme en su lugar cuando hacen sus pataletas, sus enojos, sus crisis, porque por algo lo están haciendo, uno ve el trauma que traen”, confiesa María Alejandra Córdova, cuidadora hace 27 años de la Aldea de Angol.*

Con el ingreso a la residencia dictaminada por un Tribunal de Familia, se pretende interrumpir la fuente de vulneración y abrir paso a una experiencia reparadora en la cotidianidad. Es así como niños, niñas y adolescentes son retirados de forma temporal del contexto familiar por ser gravemente vulnerados en sus derechos, expuestos a contextos negligentes, violentos y de abuso. En 2024, de acuerdo con los datos de

la organización, un 56,25% de los niños, niñas y adolescentes ingresó por ser expuesto a algún tipo de negligencia grave.

Este cambio en el perfil de los niños y niñas obliga a que la atención sea más personalizada y bajo estrictos estándares de atención. *“De 108 niños que teníamos, ahora nosotros tenemos 20 niños por programa, incluso casi con más personas adultas que niños. Antes teníamos una ratio de 10 niños por adulto, ahora tenemos casi uno y uno. Una estructura de un programa era el director, un asistente social, un psicólogo o psicóloga media jornada, un administrativo contable, más un auxiliar y un chofer. Ahora eso se ha debido triplicar en cuanto a profesionales de salud mental y sumar terapeutas ocupacionales, psicopedagogos, prevencionistas de riesgo o TENS, acompañantes de jóvenes, entre otros profesionales”,* asegura Álvaro Vásquez, subdirector nacional.

Este redimensionamiento organizacional, que se centra en entregar un cuidado de calidad, también insta a hacerse cargo de las características particulares de los niños, niñas y adolescentes que se atienden y su respectiva evolución etaria. En el 2021, el 54% de los y las participantes que estaban en los programas de acogimiento residencial era adolescente y joven (desde los 14 años), cifra que al finalizar el año 2024 aumentó a 77%. Por tanto, se hizo necesario establecer una estrategia específica para abordar las necesidades de autonomía progresiva y la transición a la vida independiente.



En ese contexto, en 2021 se elaboró la Estrategia Nacional de Juventudes, marco de acción que buscó garantizar una transición acompañada y con apoyos hacia la vida independiente. Mediante los componentes de preparación desde los 13 años, el acompañamiento psicoemocional y el seguimiento de cada caso, se establece



Un adiós cariñoso que avecina el cambio de turno en las cuidadoras. Casa de la Aldea de Puerto Varas, inaugurada hace 41 años, donde viven alrededor de seis a siete niños y niñas por casa. Los vínculos afectivos que edifican las cuidadoras y las niñas impactan directamente en su proceso terapéutico.

una estrategia de acompañamiento una vez cumplidos los 18 años, que busca disminuir los factores de riesgo en los procesos de egresos.

Johana Igor es carabinera en Viña del Mar y valora la implementación de la casa de jóvenes y el acompañamiento que recibió estando fuera

de la Aldea de Chiloé, donde creció. *“Nos dejaban tomar a nosotros las decisiones y si nos llegábamos a equivocar, ellos nos guiaban. Nos han dado mucho esa libertad de equivocarnos, de explorar. O sea, porque cuando uno está en la Aldea es como que las tías nos ayudan en todo, nos dicen si está bien o está mal. Pero acá no. Ahora nos dejan avanzar solitos*



Es imprescindible que el Estado, mediante una articulación interministerial, garantice un acompañamiento integral a los y las jóvenes que viven en residencias, no solo en el ámbito educativo, sino también en su inserción laboral, acceso a la vivienda, capacitación y construcción de redes de apoyo.



y si, por ejemplo, hay alguna dificultad, ellos nos ayudan. Entonces igual nos brindan apoyo emocional, económico, nos cuidan desde esa independencia”.

Hoy la urgencia SOS está en prevenir

El último proyecto de acogimiento residencial que abrió la organización fue en Padre Las Casas, en Temuco durante 2010. Actualmente, permanecen funcionando siete programas residenciales con sus respectivos acompañamientos a jóvenes, apoyando a alrededor de 180 niños, niñas, adolescentes y jóvenes. Sin embargo, hoy el crecimiento de la organización se presenta en la atención ambulatoria. A los programas de Fortalecimiento Familiar que ya se desarrollan (2), a principios de 2024 se sumaron cinco nuevos proyectos de Acompañamiento Familiar Territorial y Prevención Focalizada (AFT-PF, oferta nueva del SPE): en la Región del Ñuble (4) y Chiloé (1). Al primer semestre del 2025, Aldeas Infantiles SOS cuenta con 14 proyectos en sus dos líneas de atención, atendiendo a cerca de 1.100 niños, niñas, adolescentes, jóvenes y sus familias.

El objetivo principal de los nuevos programas AFT-PF es apoyar integralmente a las familias para lograr la interrupción de las experiencias de violencia que han vivido los niños, niñas y adolescentes y así evitar que estas vulneraciones terminen en el quiebre de esta familia y el ingreso del niño o niña a una residencia.

En la urgencia de detectar e intervenir tempranamente para evitar secuelas graves, se proyecta para el segundo semestre de este año la apertura de tres Programas de Protección Especializada en Maltrato y Abuso Sexual Grave (PRM) y un Programa de Intervención con niños y niñas institucionalizados/as y su preparación para la Integración a una Familia Alternativa a la de Origen (PRI). En total sumarían 11 programas en la línea preventiva, aumentando así la cobertura en cerca de 350 niños, niñas, adolescentes y familias.

Como organización dedicada hace 60 años al cuidado y la protección de la niñez y la adolescencia, permanece intacta la convicción de que el mejor lugar para que un niño o niña crezca y se desarrolle con todas sus capacidades es dentro de una familia. Es por ello que los esfuerzos seguirán centrados en la restitución del derecho a vivir en familia y en la prevención de vulneraciones que afecten las trayectorias de vida de los niños, niñas y sus familias.

La experiencia de estas seis décadas muestra que un adulto que no puede cuidar y proteger, posiblemente fue un niño o niña a quien tampoco protegieron ni cuidaron, y el trabajo de Aldeas Infantiles SOS para sus próximos años de vida es continuar contribuyendo a romper este círculo intergeneracional de violencia que tanto daño y rupturas provoca en nuestra sociedad. •

A photograph showing children sitting at a wooden table, engaged in a craft activity. They are using various supplies like scissors, glue, and paper. One child in the foreground is wearing a pink shirt and is focused on their work. The table is cluttered with craft materials, including a green glue stick, orange-handled scissors, and pieces of patterned paper.

En 2025, por segundo año consecutivo, la organización recibe el reconocimiento al Compromiso con la Integridad otorgado por Fundación Generación Empresarial (FGE) y fue nombrada como una de las 50 organizaciones destacadas en excelencia de gestión y prevención de riesgos de la Asociación Chilena de Seguridad (ACHS).





Historias de vida

“Todos los dolores pueden ser llevaderos si los colocas dentro de una historia o cuentas una historia acerca de ellos”.

Paul Ricoeur, citando a Hannah Arendt.

Las historias que se narran a continuación son reales, pero los nombres de sus protagonistas y de los personajes secundarios han sido modificados para proteger su identidad y, con ello, preservar la intimidad de sus relatos.

Asimismo, las fotografías fueron tomadas respetando el enfoque de derechos humanos, con el propósito de resguardar la privacidad de quienes, con generosidad, nos abrieron las puertas de su casa y de su corazón.

La tenacidad y la esperanza como camino

“¿Busque a mi familia, tía! ¡Búsquela!”, aparecía como un agudo susurro en medio del estallido de una ventana de la casa de los hermanos Arancibia. La finalización del programa de adopción para Israel (14), José Luis (13) y Eduardo (12) no solo descartaba cualquier posibilidad de salir de la residencia para vivir en familia, sino que ahora se convertía en una amarga noticia que les enrostraba el pesar de su ingreso, hace diez años, a un centro de acogida para lactantes.

Era un día de julio en Puerto Varas y se vivía el último temporal del año 2023, cuando la lluvia en el rostro de Israel se confundía con el agua de sus lágrimas. Una fuerte discusión con su hermano José Luis hizo detonar la rabia y la pena, pero también la convicción de encontrar a su familia. En medio de la adversa situación, le pide a la psicóloga que busque a su madre y padre. *“Desde ese momento, para mí la solución dejó de ser traer al mejor equipo de psicólogos y psiquiatras. La solución era encontrarle a un*

familiar que pudiese llenar ese vacío profundo que él sintió ese día”, declara Agatha, psicóloga de estos hermanos durante esos años.

Bajo esta sentida petición y porque la opinión del niño y niña es un derecho que busca resguardarse en su plan de intervención, el equipo profesional compuesto por la psicóloga Agatha y el trabajador social Ulises inició la búsqueda. La primera acción que se desarrolló fue la solicitud de un informe para conocer las posibles direcciones de su red familiar extensa.

La paciencia tuvo que ser una aliada, porque la documentación se tardó más de lo presupuestado. La ansiedad y preguntas diarias de los niños hicieron que el equipo les mantuviera, a ellos y al tribunal de familia, informados de cualquier avance que se lograba. Apenas llegaron las primeras posibles direcciones, Agatha y Ulises viajaron hasta Temuco, Llanquihue y la Isla Grande de Chiloé para activar la búsqueda. Cercano a Temuco, primero dieron con el paradero de un tío paterno, quien debido a





Los hermanos Arancibia fueron retirados del lado de su madre por una medida de protección, en 2014, cuando tenían 2, 3 y 4 años. Estuvieron casi una década separados de ella, hasta que en 2023 se reencontraron, gracias al trabajo de reintegración familiar que promueve Aldeas Infantiles SOS.

la distancia no podía comprometerse con el proceso. Esta negativa no desanimó a los profesionales, porque todavía quedaba una esperanza, la familia materna.

Solo una foto

“Un día pasó una estrella fugaz y le pedí un deseo: cuando sea grande me quiero casar y tener tres hijos, que sean varones, y ser feliz”. Así, con esta intención pueril, se gesta la historia de Perla.

Todas las mañanas, esta mujer de hoy 33 años miraba las fotos de sus tres hijos que

había logrado rescatar de la que fue su casa. Guardaba la esperanza incólume de volver a abrazarles algún día. Cuando apenas tenían dos, tres y cuatro años perdió sus cuidados, porque la violencia familiar y los malos tratos eran severos y recurrentes.

Por más que intentara disimular con maquillaje, el verde azulado de los golpes aparecía en medio de su rostro triste y nervioso. Dibujos de monstruos y sangre hacían sospechar en el jardín de los niños lo que estaban viviendo, mientras que los vecinos conocían de cerca

el infierno de Perla y sus hijos, por lo que no escatimaron en llamar a carabineros cada vez que fue necesario.

Durmieron en paraderos de micros, en casas abandonadas, pidieron cobijo donde familiares, para huir de los arranques de ira de quien

había prometido amarles y respetarles. Con apenas 18 años, Perla decidió emparejarse con este hombre. En un principio todo fue bonito, tuvo un buen embarazo de su primer hijo, Israel, hasta que se fueron a vivir con sus suegros y comenzaron los episodios de celos,



Perla pensaba que sus tres hijos estaban en adopción, pero una corazonada le hacía mantener la esperanza y guardar cada mínimo recuerdo que conservaba de ellos. Estas fotografías representaban lo más importante que le dejó la relación con su agresor y padre de sus hijos. Con el tiempo estos retratos lograron sanar, en parte, las cicatrices que le dejó ese vínculo cargado de violencia.

de machismo y violencia desmedida. *“Él le hacía caso en todo a su papá, él le decía que la mujer no debía trabajar y, entonces, no me dejaba salir de la casa. No me dejaba tampoco tener teléfono, me aislaba de mi familia y de mis amigas. Yo me las ingeniaba para trabajar y salir, porque siempre me sentí más segura afuera de la casa que dentro”.*

Una enfermedad de salud mental, junto con el consumo problemático de alcohol y drogas, ambos padecimientos no tratados, incrementaban la agresividad de este hombre. Tanto así que un día, mientras Perla gestaba al menor de sus hijos, Israel defendió a su madre con apenas unos años de vida. Al ver a su retoño violentado, ella salió en su defensa con lo primero que encontró, un uslero. Esa fue la primera vez que se arrancó junto a los niños del lado de su esposo.

La integridad física y psicológica de toda esta familia estaba en grave peligro. Por ello, la Oficina de Protección de Derechos (OPD) de Puerto Montt decidió actuar y rescatar a esta madre del lado de su agresor. La trasladó junto a sus hijos hacia un centro de acogida para mujeres víctimas de violencia intrafamiliar y tras años difíciles, llegaba la calma, esa que tan esquivada había sido. Sin embargo, una publicación en redes sociales realizada por otra persona terminaba con la serenidad de Perla. Fue así como su esposo se enteró de su paradero y, sin respetar la orden de alejamiento y con un



Esta joven madre tuvo al mayor de sus hijos a los 17 años. Este es uno de los dibujos que guardaba del jardín de los niños, quienes desde su nacimiento estuvieron expuestos a situaciones de violencia familiar que afectaron su desarrollo y los obligó a vivir durante casi diez años separados de su madre.

arma blanca sutil escondida en la manga de su chaleco, en medio de la calle, la obligó a retornar con él.

Esta joven mujer sabía que la agresividad del padre de sus hijos no tenía límites y sin pensarlo dos veces accedió a volver con él. Esta decisión de sobrevivencia le costó el cuidado personal de sus hijos y es así como se dictaminó el ingreso de los niños a una residencia para lactantes en Puerto Montt. *“La asistente social me dijo que los tres debían que ser*

ingresados a un hogar por un tiempo, mientras yo buscaba recuperarme y sentirme mejor”.

Pese a que la vida de Perla había cambiado en 180 grados al ser separada de sus hijos, había algo que no se modificaba, ni se interrumpía: la violencia de la que era víctima. Después de cada golpiza, él le prometía que iba a cambiar, pero la luna de miel y su esfuerzo solo se sostenía por cortos periodos: *“Después que internaron a los niños, yo seguí con él e íbamos juntos a verlos al hogar. La violencia iba en aumento, porque ahora no sólo me botaba la comida, no me dejaba sola en ningún momento, sino que ahora me golpeaba en todo el cuerpo. Empezó a amarrarme a la escalera con pitas, cadenas y candados para que no me escapara”.*

La tristeza y la depresión tenía sometida a esta madre. En medio de esta tormenta, en una de las visitas al hogar de lactantes, su hijo mayor, en su rol protector, le cuenta que a José Luis lo había pellizcado una tía. Perla perdió rápidamente la calma, se quejó con la dirección del programa e incluso fue a la radio buscando amplificar su denuncia, pero nadie la escuchó y debido a su descompensación, le cesaron las visitas a sus hijos: *“Muchas veces fuimos con mi prima y buscábamos ingresar con excusas al hogar. Reunimos regalos y dulces para las fiestas con la ilusión que nos dejaran entrar, pero nos atendían en las oficinas solamente”.*



Ocho años se tardó esta mujer en romper con el círculo de violencia física, psicológica y económica de la que fue víctima de forma sistemática desde sus 17 años. Hace un tiempo, logró recuperar con apoyo de su padre, su casa de Puerto Montt, de la cual tuvo que arrancarse para salvar su vida. Hoy el inmueble está en arriendo.

La imposibilidad de abandonar de forma definitiva a su agresor frenaba cualquier oportunidad de reintegro familiar. Tampoco pudo iniciar un tratamiento de salud mental, porque las salidas de su casa podían costarle la vida. Esta cruda realidad de la que no podía sacudirse, y la dificultad de los abuelos maternos y paternos para asumir el cuidado de los niños, aceleró su ingreso a la red de adopción por haber quedado ellos en situación de abandono. Esto le fue notificado a esta madre, quien estuvo años pensando que había perdido a sus hijos para siempre.

“En más de una oportunidad los niños estuvieron en proceso de adopción y también con familia de acogida (FAE), principalmente Eduardo, el menor de ellos. Nuestro deber era restituirle su derecho a la convivencia familiar, pero todos estos esfuerzos fueron sin un resultado eficaz. En ese momento, los niños atravesaban un rechazo vincular tan grande que ni siquiera permitían ser atendidos por los profesionales de la Aldea, ni de afuera”, asegura Agatha.

En 2017 llegan a Aldeas Infantiles SOS

Cuando Israel cumplió 6 años y ya no podía seguir en la residencia para lactantes, fueron trasladados a Aldeas Infantiles SOS de Puerto Varas, con la intención de que los hermanos permanecieran unidos. Inmediatamente se

convirtieron en los más pequeñitos de edad dentro del programa de acogida. *“Había que andarlos trayendo en brazos, porque Eduardo tenía tres o cuatro añitos. Eran altamente demandantes, pero muy cariñosos, estaban faltos de afecto, como la mayoría de los niños que recibimos, pero la diferencia era que ellos eran unas guaguaitas”,* recuerda Ulises, el trabajador social.

Fueron los más regalones del proyecto en su momento y, mientras crecían, con la poca información que se contaba se buscó reconstruir junto a ellos su historia familiar. La idea es que supieran de dónde venían, dónde habían vivido antes de llegar a las dos residencias que les habían acogido desde bebés y la razón también que hacía que ellos estuvieran privados del cuidado familiar.

La promoción y mantención de los vínculos afectivos es importante para los procesos terapéuticos de los niños. Es por ello que además de sus cuidadoras referentes, dos trabajadores que formaron parte del equipo contable del proyecto, tras su salida de la organización, decidieron tomar el rol de padrinos recreacionales y salían con ellos a disfrutar los fines de semana. También, hasta ahora cuentan con padrinos internacionales -de Alemania, Austria, Luxemburgo, Noruega, Dinamarca, Canadá, Islandia y Suecia-, que mediante cartas y palabras de aliento acompañan el desarrollo de estos tres hermanos.



Y llega el momento triste de las despedidas, especialmente para Perla. Un abrazo sentido con José Luis, su hijo del medio. Ella viaja tres horas desde Ancud, con transbordador incluido, para ir a dejarlos a la Aldea de Puerto Varas después de un fin de semana en su casa. Una gran ocasión que le permite seguir robusteciendo un lazo con ellos.

El regalo de Navidad

La búsqueda de la familia materna de Israel, José Luis y Eduardo continuaba ardua por toda la Isla Grande de Chiloé, hasta que una dirección cercana al Cementerio General de Ancud les permitió dar con el paradero de Carmen, la abuela materna de los niños. Una mujer de 50 años, quien se dedica a las labores domésticas en una casa particular y tiene un hijo de la misma edad de su nieto menor, Eduardo. *“Me preguntaron si quería ver a los niños y yo dije que sí, vinieron a visitarme las tías y ahí yo les dije que mi hija lo que más quería era volver a estar con mis*

nietos. Entonces preparamos esta sorpresa para ella”, recordó.

Como de costumbre, Perla llegaba con una sonrisa calma a su casa, después de una larga jornada laboral en el campo cuidando a don Ernesto, una de las dos personas mayores con quienes trabajaba en la semana. Ocupación que le permitía arrendar un inmueble en Ancud y mantener una mascota como compañero de casa para pasar los días en que la tristeza y la soledad aparecían con más fuerza. Esta mujer de una dulzura espontánea esconde cicatrices y penas de un pasado adverso al que pudo poner

fin recién hace unos seis años, cuando un grave episodio de violencia que casi le cuesta la vida la movilizó para abandonar definitivamente al padre de sus hijos. Con el apoyo de su madre y de su familia, permaneció años en el anonimato, hasta que comenzó a salir, a trabajar y a recuperar esa vida que se le negó durante tantos años. La misma familia que hoy la apoya en el reencuentro con sus hijos.

En medio de su proceso de sanación, y cuando faltaban pocos meses para la celebración navideña del 2023, dos jóvenes profesionales llegaron a su casa. Esta vez, una de las últimas lluvias del año no traía penas como le ocurrió a Israel, sino esperanza. El regalo de Navidad que Perla tanto había añorado se respiraba en una noticia inesperada. En su living, tres maderas con los nombres de sus hijos y una foto de cada uno de ellos se convertían en la mejor forma de comenzar una nueva historia. *“Vi a mi mamá con las tías y mi corazón empezó a acelerarse, como contento, tenía una emoción grande, realmente no lo podía creer”*, recuerda Perla.

Con este favorable escenario comenzó un arduo trabajo de la dupla psicosocial, quienes viajaban al menos dos veces al mes desde Puerto Varas a Ancud para realizar una evaluación en profundidad de las habilidades parentales de esta mujer, investigar sobre su estado de salud física y mental, e informar al tribunal de todo lo acontecido.

“Antes de informarles a los niños que encontramos su familia... le preguntamos si ellos tenían algún recuerdo para que nos ayuden en la investigación. Entonces le pusimos una connotación un poco mágica a la búsqueda. Obviamente, no tenían ningún recuerdo, porque eran pequeñitos, pero en sus ansias y en su pensamiento mágico que aún queda, aunque son preadolescentes, el hermano mayor me decía: «No, yo recuerdo en una calle, en una esquina, en una parte



Los niños han vivido dos festividades del día de la madre con Perla. Eduardo, el más pequeño de edad, es quien le regaló esta tarjeta que hicieron en el colegio, mientras que los más grandes, aún no han podido entregarle nada en su día y tampoco saludarla. Una pena que evidencia que el dolor de su huida les sigue pesando.



Perla lleva dos años revinculándose con sus hijos, pero los dos mayores están en plena etapa adolescente y reticentes a dejar el programa residencial, lo que ha dificultado el proceso. Ella y el equipo no bajan los brazos y continúan depositando lo mejor de sí para que sus hijos puedan darse el tiempo de conocerla y también de perdonarla.

que yo andaba con un carro de supermercado», relata Aghata con emoción.

Todo debía ser lento y calmo, porque en todo momento la reducción del daño era la brújula que guiaba al equipo profesional. Fue un paso a paso en que luego del proceso en que los niños ayudaron a investigar, lo primero que se hizo, fue que se les mostró una hoja que daba cuenta de toda la familia que se había encontrado. Y cuando ya el trabajo de habilitación de la madre avanzaba, como segundo momento *“les contamos que encontramos a su mamá y*

abuelita y allí ellos no lo podían creer”. Tercer paso, se les mostró fotos de ambas, y a ellas, fotos de los niños, y el último paso de esta presentación respetuosa, fue un video que les hicieron la abuelita y la madre. *“Ahí ya eso era de otra dimensión para ellos”*, señalan los profesionales.

Llegaba el momento del encuentro en vivo y en directo, una llamada telefónica que hizo llorar de emoción a todo el equipo de Puerto Varas. Perla se deshacía en disculpas por su ausencia, mientras sus hijos solo querían saber qué era

de ella en la actualidad. *“Recuerdo que Israel inmediatamente fue quien tomó el mando, tomó el teléfono, era el que hablaba; José Luis estaba en shock con los ojos vidriosos, no lo podía creer; y Eduardo, estaba emocionado, incluso empezando a señalar en el colegio que tenía mamá”,* rememora Ulises.

Israel intentaba mantener la calma de sus hermanos y le decía *“sí, es nuestra mamá y está todo bien”*. No tardaron en aparecer las primeras preguntas, como ¿dónde vives? Y también los primeros cuestionamientos, ¿por qué no viniste antes? Comenzaron a surgir las primeras respuestas que explicaban el quiebre, la ausencia y el dolor de esta familia y todo servía para abordarlo de forma terapéutica con la madre y los niños.

Este fue el puntapié inicial para comenzar un trabajo de revinculación familiar que avanzó rápidamente con las primeras visitas de Perla y Carmen a la Aldea de Puerto Varas. Pese a que la demostración de afecto es un desafío para estos hermanos, Israel sin pensarlo, fue el primero que abrazó a su madre. Mientras que José Luis y Eduardo la miraban desde más lejos y solo la saludaron de forma más corriente. *“Para mí fue una emoción que me cambió la vida. Era como volver a parir, sí, como que ellos volvían a nacer para mí”,* recuerda Perla.

Después de varias idas de la madre a la Aldea, llegaron las visitas de los niños a su casa. Primero lo hicieron en compañía del equipo técnico

por el día, quienes generaban las primeras dinámicas para que esta familia volviera a conocerse nuevamente. Perla, emocionada, compró las mejores camas que pudo y las habilitó con ropa acorde a sus gustos. Cada vez que iban a verla, se esmeraba por atenderlos y regalinearlos. *“Al principio no sabía de sus gustos, nada, entonces me equivocaba y muchas veces no querían comer, pero ahora vamos de a poquito mejor. Los sábados me gusta atenderlos y darles desayuno en la cama, cuando ellos quieren”,* confiesa.

En todo momento el equipo profesional enfoca su trabajo en el fortalecimiento de las competencias parentales de esta joven madre. Ella dejó de ver a sus hijos cuando eran muy pequeños



A Israel, le cuesta despegarse del celular, pese a las reglas que hay en la casa materna y en la Aldea de Puerto Varas. Para su psicólogo, este comportamiento puede representar una negación de vincularse con su presente, es decir, una forma de evadir su realidad.



Perla es feliz cuando van sus hijos a su casa en Chiloé. Se esmera por sacarlos a pasear, cocinarles y generar espacios de conexión con su familia, especialmente con su madre. Sabe que los vínculos sanos tardan en construirse, mientras en cada acción deposita su templanza y corazón hasta que su anhelo de vivir los cuatro juntos se haga realidad.

de edad y ahora se reencuentra con ellos en medio de una exigente etapa vital, como es la preadolescencia, donde los cambios de humor, la dependencia a la tecnología y la dificultad para vincularse, producto de sus historias de vida, vuelven el proceso altamente dificultoso. Pero pese a ello, Perla se mantiene estoica en su misión de recuperar el cuidado de sus hijos. Perseverancia que, en febrero del 2025, le trajo un nuevo regalo, cuando Eduardo manifiesta sus ganas de vivir con ella, petición que el equipo eleva al tribunal y éste accede mediante el

preegreso del niño. *“Aquí donde mi mami no hay tantas reglas, puedo comer más, estoy yendo a una escuela nueva y me voy donde mi abuelita cuando mi mamá trabaja y juego con mi tío. Lo paso bien”, recuerda el niño.*

Justamente el establecimiento de límites es uno de los desafíos para Perla, quien remedia su ausencia con una permisividad que está aprendiendo a manejar con el apoyo profesional: *“Yo sentía que no les podía exigir tanto, porque ellos estaban recién conociéndome y me iban a decir ¿y por qué me retas tú? si ni siquiera has estado conmigo. Pero no, no fue así. Hoy ponemos horarios juntos para que ellos usen la tecnología y la respetan casi siempre y cuando no, tomo otras medidas como simplemente cortar el wifi”.*

Pero como todo proceso tiene sus altos y bajos, hoy Perla nuevamente volvió a vivir sola. Una compleja adaptabilidad a su nuevo colegio, la ausencia de sus hermanos mayores y actitudes altamente desafiantes hicieron que Eduardo regresara a la Aldea. *“No visualizamos este retorno como un retroceso, sino como algo que es parte del proceso de revinculación familiar donde los niños pueden ir y volver en sus sentires y decisiones. Nuestro trabajo seguirá centrado en que los niños logren visualizar a su madre como su lugar seguro y no quieran permanecer aquí por los aspectos gananciales que podemos ofrecerles”,* señala Ulises.

Este nuevo escenario no enloda el sueño de Perla de volver a formar una familia con sus



Tras una de las golpizas que le propinó el padre de sus hijos, él inventó que la habían asaltado para que la pudieran atender en un centro asistencial de Puerto Varas. Esa fue la única vez que dejó de agredirla durante tres meses, porque temía que lo descubrieran. Como resultado de este episodio y de otros de violencia sistemática de la que fue víctima, Perla quedó con su nariz quebrada, con un coágulo cerebral y con su riñón perforado.

hijos. *“Yo sé que de a poquito ellos van a llegar mí, le pido a Dios todos los días que algún día lleguen y me abracen así fuerte. Yo quiero estar con ellos y darle todo el amor que les falta de mí, pero de a poquito, con paciencia no más. Esperaré todo el tiempo que sea necesario, seguiré preguntando por ellos siempre y seguiré presente como más pueda”.*

En su constancia, humildad y sabiduría, esta

mujer sobreviviente de femicidio expande su corazón para recibir a sus hijos cada vez que así lo precisen. Por lo pronto, desde ya les espera con los brazos abiertos el próximo feriado del 20 de junio, fecha que quedaron de visitarla. Solsticio de invierno que, de seguro, sembrará una nueva historia familiar, donde el amor genuino y desinteresado de una madre es capaz de sanar cualquier separación, dolor y trauma. •

De la Aldea al Palacio de La Moneda¹

“Mi nombre es Alexia, tengo 18 años, estudio Derecho en la Universidad de La Frontera y soy parte de la residencia de Aldeas Infantiles SOS de Padre Las Casas. Llevo ahí una buena cantidad de años... 16 para ser exacta. Creo que este es uno de los encuentros más importantes que he tenido, ya que se problematizaron muchas cosas y las pudimos fundamentar. Todavía quedan muchos problemas por resolver, pero no todo es tan rápido y el sistema en sí a mí me ha ayudado mucho”.

Con estas palabras, esta joven que llegó con solo dos años de vida a la Aldea de Padre Las Casas materializaba su primer punto de prensa en La Moneda. Su intervención vino después de la declaración de la ministra de Desarrollo Social y Familia, Javiera Toro, a quien le siguió la subsecretaria de la Niñez, Verónica Silva, y finalizando el encuentro con los medios de

comunicación, el director del Servicio Nacional de Protección Especializada a la Niñez y Adolescencia, Claudio Castillo.

En medio de micrófonos y periodistas, el 27 de marzo del 2025 marcó un hito en la vida de Alexia. Había sido invitada junto a otros 30 jóvenes provenientes de diversas localidades de Chile y de otras residencias de protección a desayunar con el Presidente de la República, Gabriel Boric, por su meritorio ingreso a la educación superior. Ella no fue la única invitada que creció en Aldeas Infantiles SOS, otros cuatro jóvenes más que vivieron en los programas de Puerto Varas, Angol, Quilpué y Antofagasta, también tuvieron el privilegio de viajar a la capital y conocer de cerca la casa de gobierno y las principales autoridades del país en materia de niñez y protección social.

1 A petición de la joven protagonista de esta historia, los nombres originales de los equipos profesionales fueron conservados, como un tributo sincero a quienes caminaron a su lado en los momentos más decisivos de su vida.



Uno de los pasatiempos favoritos de Alexia es estudiar y aprender. Ingresó a la educación superior mediante el programa “Mi carrera, mi futuro” de la Universidad de la Frontera de Temuco que está orientado a jóvenes que vivieron al menos cuatro años en una residencia de protección. Dio la PAES (prueba de admisión universitaria) en 2024, tras salir de la enseñanza media, y el mejor puntaje lo obtuvo en la prueba de matemáticas.

Memorias para extender las alas y volar

Tras esta inolvidable aventura, en su regreso a Temuco, la recibieron las primeras hojas que caían de los robles, coihues y raulíes, junto a las chimeneas humeantes. Le acompañó un viento teñido de amarillo y naranjo que anunciaba la llegada del otoño. Cambio de estación, renovación que ella experimentaba a su alrededor y en lo más profundo de su ser. Llegaba la hora de dejar el nido, de crecer y salir de la Aldea que la arropó durante más de una década y media.

Sentada en su cama y mientras arreglaba sus cosas para irse a la residencia universitaria, muchas imágenes y vivencias de su niñez y adolescencia transitaron por su mente y corazón. Recordaba con alegría aquella ocasión en que le regalaron una cama elástica a todos los niños y niñas que vivían en la Aldea, pero lejos fue ella quien más la usó. O aquella oportunidad, donde gracias al dinero de una beca de estudio, se compró su primera bicicleta y se paseaba de punta a punta por la Aldea en medio de los jardines y las casas cobrizas. *“Iba a la oficina en bicicleta y todo lo hacía en ella. La verdad, me creía lo máximo”,* recuerda.

Una sonrisa aparece en su rostro cuando piensa en la Navidad de 2013. Había cumplido siete años hacía pocos días y la casa entera se disponía a crear las tradicionales cartas al viejito pascuero. Cartulinas, papel lustre y glitter eran parte de la entretenida tarde de manualidades, liderada por la tía Verónica. Alexia estaba decidida a no pedir el juguete de moda, quería algo que despertara su imaginación y la ayudara a iniciarse en unos de sus grandes hobbies que conserva hasta hoy: la lectura: *“Fue mi primer libro, tenía varias historietas y yo siempre leía la misma, porque me encantaba. Se trataba de un chico que era un vagabundo y robaba para vivir. Un día se encontraba una maleta y al abrirla aparecían duendes que le concedían deseos”*.

De haber encontrado una maleta mágica, tal como leía en la ficción de la historieta, Alexia no hubiese pensado dos veces en su deseo. Su anhelo, el más profundo y que mantuvo durante años, fue que su papá llegara a verla, a visitarla, como lo hacían familiares de los otros niños y niñas con los que vivía. *“Lo esperé, lo esperé y lo esperé muchos sábados y domingos. Lo esperé meses, años. Me confié en que vendría ese sábado, ese domingo, pero no llegó. Me lo prometió -dije-, me lo prometió, pero nunca llegó. Me decepcionaba tanto que ya después llegaba el punto en donde ya no lo esperaba. Decía, «¿para qué? Tía, no me importa, si no va a venir»”, recuerda.*



A Alexia, y a la mayoría de los niños y niñas que viven en Aldeas, se les dificulta dejar el programa residencial para salir a cursar sus estudios universitarios. La nostalgia de dejar su casa, su lugar seguro, y la incertidumbre, son parte del proceso de emancipación.



Alexia recuerda con nostalgia su vida en Aldeas. Ella cumple años en diciembre y reflexiona que la mayoría de las fechas relevantes no son muy esperadas ni queridas por los niños y niñas que crecen en residencias, pues resienten más la ausencia de sus vínculos familiares y aumentan los desajustes conductuales y emocionales. Situaciones difíciles que la joven contribuía a manejar en la casa donde vivía, y habilidad por la que sus cuidadoras la extrañan.

El círculo que se repite

Las remembranzas de Alexia siempre estuvieron ligadas a hogares, donde llegó siendo una bebé de un año, junto a sus hermanas mayores de tres y cuatro años. Casi nada pudo vivir con su madre y su padre, porque ellos no solo habían sido presos de sus propias historias de vida, sino también del mundo delictual. La violencia, el abandono y el consumo problemático de drogas, que era lo más familiar que conocían estos jóvenes padres, terminaron por privarles de su libertad y por arrebatarles a las niñas

el cuidado y amor de su familia. Solo unos años estuvieron tras las rejas, porque su buen comportamiento contribuyó en su pronta salida del sistema penal.

En la historia de estos progenitores se repite un ciclo de negligencia y vulnerabilidad que cruza a la mayoría de las familias que pierden el cuidado de sus hijos e hijas. *“Mi mamá se crio prácticamente sola, porque mi abuela era una persona que andaba de hippie, de hecho, le dicen «la hippie» pero es de esas hippies que no te caen bien, porque no se preocupaba de mi mamá. Mi papá estuvo en*



Alexia pasa gran parte de su tiempo en la universidad y reconoce que, en clases y cada vez que puede, se acerca a sus profesores/as para hacerles consultas. Conversar con gente experta solo despierta su amplia curiosidad.

un hogar, creció prácticamente en la calle, era bruto para pensar, para decir las cosas”.

En plena adolescencia, el padre de esta joven no pudo estar presente como ella necesitó y tampoco pudo acompañarla su madre, quien falleció de forma fulminante cuando ella tenía solo nueve años: *“A mi mamá la mató la droga, murió joven, a sus 32 años, por un accidente cerebro vascular (ACV). Ella, las veces que vino, me mostró su mejor versión. Nos adoraba a las tres, a mí me decía «mi Cami», porque mi segundo nombre es Camila. Me tomaba en brazos, me daba muchos besitos. La primera vez que fui al cine fue con ella, fui a ver Frozen”.*

Una herida que no sanaba

Desde temprana edad, Alexia dejó de mirar por la ventana de su habitación esperando la visita de algún familiar. Concentró sus energías en sus pasiones. *“Cuando estaba triste me metía debajo de la cama a leer o me iba a la biblioteca”.* En segundo básico ganó un concurso de lectura veloz y ya un poco más grande, obtuvo una Kindle como reconocimiento al mejor cuento comunal acerca de cómo la había acogido la Aldea Padre Las Casas, que la recibió siendo una lactante. A lo largo de su etapa escolar se hizo cercana de todas las bibliotecarias que conoció y se interesó por los juegos de mesa, especialmente el ajedrez y las damas.

El deporte fue otro de sus refugios y una gran escuela para esta joven. Desde los siete años entrenaba casi todos los días para ser una buena competidora. Ganó diversas medallas a lo largo de los años, pero el oro llegó a sus 13, cuando se convirtió en campeona nacional de judo en su categoría, logro que le permitió viajar a otras regiones e incorporar la disciplina como parte de su vida.

La pandemia la obligó a distanciarse social y deportivamente, su práctica diaria había cesado y sentía con fuerza la etapa de adolecer. *“En un momento empecé a leer tanto que me alejé de las personas. No sabía cómo relacionarme”*. La adolescencia la ponía de frente con un vacío que no conocía, que antes había canalizado con el desarrollo de sus talentos. Aparecía una vida sin sentido, donde las marcas en sus brazos y dos hospitalizaciones en unidades psiquiátricas le mostraban que llegaba la gran prueba de su vida, un reto del que sabía era capaz de salir victoriosa.

La libreta que le cambió la vida

“Veía mi vida y decía me odio. Me preguntaba, ¿por qué estoy sintiendo esto? Me daba asco todo y dejé de comer”. Eran demasiadas las preguntas y los cambios que estaba experimentando Alexia. Toda la vida la habían etiquetado de “marimacha” por su gusto por el deporte, el fútbol y la ropa holgada. Comenzaban a atraerle las primeras



Esta joven universitaria elige con quién formar vínculos afectivos. Si bien mantiene comunicación con su padre y sus dos hermanas biológicas, no les frecuenta cotidianamente. Sus personas más cercanas hoy son excuidadoras y profesionales, quienes se han convertido en amigas y amigos de ruta.

compañeras del colegio y no encontraba cómo organizar tantos sentires. Hasta que un día, la tía Gise le regaló una libreta que lo cambió todo.

“Recuerdo que la tía me dijo, si tú quieres expresarte y no sabes cómo, escribe. Y ahí fue el portal que me abrió para empezar a crear”. Nació la Alexia artista, esa que heredó el don de su linaje materno con una madre pintora, y ella, ahora, una escritora innata de poesía. Sus versos y sus cartas se los dedicó al amor romántico y tóxico que conocía de cerca por la vivencia de una de sus mejores amigas. También la fotografía y la guitarra fueron parte de esta etapa que de la oscuridad pasó a llenarse de multicolores y esperanza.

“Lo mejor de Alexia es que ella se dejaba ayudar: asistía a sus terapias de forma semanal con su psicóloga y mensual con su psiquiatra. Este último, mediante la lectura de libros, que era lo que a ella le gustaba, la guiaba en su tratamiento para que ella fuera recuperando su salud y volviendo a la calma”, asegura Carola, directora de la Aldea de Padre Las Casas.

En su mejoría volvía a aparecer a ratos esa joven vivaz que no le gustaba quedarse callada, que defendía a las cuidadoras cuando era necesario y que cuestionaba a quien tuviera enfrente. *“Una vez le pregunté a un profe si escribir poemas era un talento y él me dijo que no. Le respondí, entonces escriba uno usted”.*

Una rebelde con causa

Promesas fallidas y compromisos que se esfumaron, como las hojas en los árboles de otoño, hacían que Alexia escogiera con pinzas a quien dejaba entrar en la intimidad de su cariño. Tuvo más de una treintena de cuidadoras en los 16 años que vivió en la Aldea, pero ella destaca el legado solo de aquellas que puede contar con los dedos de sus manos.

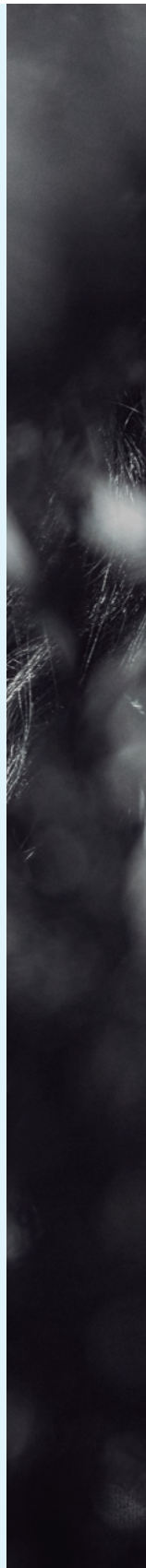
“La tía Marcia me mostró la importancia de la educación en todo sentido: desde usar tenedor hasta respetar las opiniones diferentes. La tía Alexa me enseñó que tenemos que ser bondadosos con todas las personas. La tía Araceli me heredó su estilo, la forma de vestirme. La tía Nubia me recalca siempre

que no tengo que ser impulsiva, sino más bien comprensiva. La tía Gise me mostró el mundo del arte con el que pude expresarme y la tía Roxy me enseñó en qué momento tengo que retirar la talla, es que yo soy muy bromista a veces y entonces me enseñó a ubicarme, de alguna manera”.

Todos estos saberes y su propia fuerza y convicción forman la versión actual de esta joven de 18 años. Dentro de ella habita lo mejor de cada cuidadora, de cada “tía”, de cada profesional que la guio, la contuvo, la cuidó y la arropó en sus momentos alicaídos y en sus momentos de gloria.

Destaca el apoyo incondicional de Carola, directora de la Aldea de Padre Las Casas, a quien describe como esas madres japonesas que son poco expresivas, pero que exigen. *“Ella no es muy de halagos, entonces cuando me lo dice, yo digo wow, es cierto entonces”.* Quienes también la acompañan, incluso ya no trabajando en la organización, son Cristóbal y Claudia, psicólogo y trabajadora social, que continúan siendo figuras presentes y contenedoras para ella.

“He ganado debates, he ganado competencias, pero creo que el mayor logro ha sido superarme a mí misma. Yo creo que no existe una medalla o un reconocimiento que yo me pueda poner para eso. Creo que parte de la vida, parte de ser resiliente, es aceptar lo que tienes, querer cambiarlo y vivir lo mejor posible dentro de este trabajo a diario”.





Alexia entrenó judo durante más de siete años para convertirse en campeona nacional. Hoy, cuando puede, practica pilates y es una convencida de que somos lo que pensamos y atraemos. Hoy ella se dedica a sus estudios para finalizar lo mejor posible su primer año universitario.

La futura abogada

Cuando Alexia supo que había sido becada para ingresar a la universidad, intuyó que un sinfín de cambios se aproximaban. Decidió desistir de arrendar un inmueble sola para escoger la alternativa que más se asimilara a su cotidianidad en la Aldea. Así, solicitó un cupo en la residencia universitaria, donde viviría con más personas, como estaba acostumbrada, y lo mejor es que cruza la calle y llega a sus clases.

Comparte la casa con doce estudiantes más y tiene de compañera de habitación a otra joven que es de las afueras de Temuco, quien le deja el espacio libre cada fin de semana largo que puede. Tranquilidad que le asienta, porque este semestre está cursando cinco cátedras en la jornada de la tarde. Este horario y la libertad propia de su nueva cotidianidad, la tienen convertida en un animal nocturno, situación que intenta corregir con el apoyo del equipo de la Aldea. *“Hoy estamos enfocados en que ella pueda desarrollar todas las herramientas protectoras para que su egreso siga siendo exitoso. Particularmente estamos trabajando en la organización de su tiempo, dinero y de sus rutinas diarias”,* comenta Valeska, acompañante de jóvenes de la Aldea de Padre Las Casas.

Alexia no solo está aprendiendo de leyes, sino también a vivir sola. Si bien es de personalidad independiente y responsable, sabe que en esta nueva etapa de autonomía cuenta con el apoyo



Alexia en su adolescencia fue diagnosticada con la condición de déficit de atención con hiperactividad y en un comienzo lo visualizó como un problema, pero después lo resignificó como un regalo. Aprendió que, con organización y orden, ella misma puede hacer que su foco se restablezca.

económico y emocional de toda la organización, principalmente de sus tías, de su terapeuta y de su directora. *“De repente nos llama pidiéndonos recetas o pidiéndonos que le busquemos algo que se le quedó. «Tía, búsqieme esa libreta que ya en la tarde paso a retirarla». Así, se aprovecha de quedar a almorzar o tomar tecito. Ella sabe que no está sola”*, relata Marcia, cuidadora de Padre Las Casas. Compañía que Alexia agradece, porque hace que su mochila cargada de libros y sueños no esté tan pesada.

Cuando la gratitud aparece, también nacen nuevos angelitos. Hace unos días su celular sonó y se trataba de una abogada de Reino Unido, quien la contactó sensibilizada por una nota de prensa que le hizo la universidad, y le ofreció su apoyo incondicional. Apadrinamiento que selló



La carrera que escogió Alexia la insta a estar bien informada de lo que pasa en Chile y el mundo. Para instruirse de buenas historias, visita con frecuencia el portal de la BBC, donde se deleita con la pluma de los periodistas y escritores, en su mayoría de Londres, lugar que sueña algún día conocer.

con un obsequio muy necesario para cualquier abogada: el código civil. Muchas personas siguen creyendo en Alexia, y la principal es ella misma, quien se trajo hasta aquí y se rescató de la rabia para caminar más liviana hacia su expansión.

Esta joven de mirada dulce, de voz ronca, de pensamiento crítico, y de una imaginación y liderazgo innato, todos los días se levanta con la convicción inefable de que puede llegar tan lejos como su mente lo dicte. Quiere irse fuera de Chile para seguir el legado de grandes abogadas, como Elena Caffarena, quien la inspiró a tomar el camino de la justicia. Para Alexia, la equidad en términos sencillos es que *“todos somos iguales y podemos lograr las mismas cosas, solamente que a algunos nos puede costar más que a otros”*. •



Esta joven de 18 años desde pequeña desarrolló dotes de liderazgo y comunicación. Participó en debates, vocerías, concursos, fue deportista e indagó algunas disciplinas artísticas como la pintura, la escritura y la guitarra, que la ayudaron en su proceso terapéutico. Pensó en algún momento en estudiar medicina, pero su don de la palabra la hizo optar por la carrera de derecho.

Fortaleciendo familias en el norte y sur

La familia de Andrea y la de Sami y Sander no se conocen, pero comparten mucho en común. Ambas migraron a Chile guiadas por el deseo profundo de entregarles un mejor presente a sus dos hijos. Sus ganas de emprender para salir adelante y cumplir sueños, es otro punto de conexión. Pero el mayor y más profundo, es su humildad para recibir y pedir ayuda. La convicción de que la vida es una espiral infinita de aprendizaje es el principal punto sincrónico que nos permite contar estar dos historias de resiliencia. Desde la perla del norte hasta el bosque del sur conoceremos a dos familias que forman parte de los Programas de Fortalecimiento Familiar (PFF), servicio ambulatorio que ofrece Aldeas Infantiles SOS en el país.

Una experiencia para no olvidar

“¡Apuren, apuren! ¡Caminen rápido que, si no, nos dejará el furgón! ¡Por favor, los bebés y los niños en silencio, sino tendremos problemas!” Son pasadas las seis de la mañana y las densas nubes de la noche altiplánica de un paso no habilitado cercano a Colchane impiden la llegada del amanecer. La oscuridad de esa madrugada de septiembre de 2023 empujó a Andrea y a Adriana, su bebé recién nacida, contra una poza de agua congelada. Empapada hasta las rodillas logró levantar del brazo a Damián, su hijo mayor.

“¡Al piso, al piso, que van pasando los militares! ¡Apaguen los celulares, las linternas!” Se escuchó a lo lejos. Los ocho grados bajo cero entorpecen el caminar de más de 20 familias migrantes que avanzan por el desierto escarchado con la esperanza de encontrar una nueva vida. El viento y el frío de la zanja que separa a Bolivia y Chile clavan la piel como quemaduras secas,





En 2021, Andrea junto al padre de sus hijos, de quien hoy está separada, había venido a probar suerte a Chile. Pero por disposición de él se regresaron a vivir a Bolivia. Alcanzó a estar un año y decidió regresar, porque las discusiones y la falta de trabajo y alimento, no le dejaron otra alternativa.

sensación de dolor que no detiene el paso firme de esta joven madre de 26 años. *“Fue una experiencia que nunca voy a olvidar. Veníamos unos sentados sobre otros, porque cabían diez en el furgón, pero veníamos 20 personas. La bebé no paraba de llorar y yo no podía dejar de temblar del frío que hacía”.*

Y como todo sacrificio tiene su recompensa, Andrea y sus dos hijos lograron cruzar la frontera sin documentos. Al otro lado les esperaba Humberto, su padre, quien años atrás

había construido una casa grande de tres pisos sin pensar que algún día su hija y sus nietos necesitarían un refugio. A las faldas de un rocoso cerro en el sector norte de Antofagasta, donde pareciera imposible construir por las condiciones adversas del suelo, más de 100 familias migrantes levantaron en 2020 el campamento Flor del Norte, uno de los dos asentamientos migrantes donde trabaja Aldeas Infantiles SOS desde el 2023, realizando un trabajo preventivo y comunitario.



Esta joven madre de 26 años, gracias a su resiliencia y ganas de salir adelante, ha generado lazos con sus vecinos y vecinas. Acude a todas las actividades comunitarias que se organizan en la junta de vecinos para sentirse acompañada en su proceso de migración.

Actualmente, 147 grupos familiares dan vida a este asentamiento habitacional migrante, entre ellos la familia Quispe Andrade, compuesta por Andrea, sus hijos y su padre. Esta joven de nacionalidad boliviana tuvo que dejar su natal Santa Cruz de la Sierra, porque la escasez de trabajo, de alimento y de un trato digno en la casa de sus suegros ponía en riesgo su integridad y la de sus hijos. Cansada de pedirle a su pareja que saliera a trabajar mientras ella se hacía cargo de las labores domésticas y de la crianza de los niños, decidió venirse con lo puesto y arrancar de la carencia.

No logró obtener la autorización del padre de

sus hijos para sacar de forma legal a los niños del país, por eso decidió ingresar de forma irregular. *“Yo llevaba unas horas en el campamento, cuando mi papá me avisa que en el chat de la comunidad estaban anunciando una reunión informativa. «Me dice anda, anda» y yo fui. Ahí conocí a las profesionales y ellas de inmediato me ofrecieron ayuda para regularizar mi situación. Hice todo lo que ellas me dijeron. Fui a la PDI a autodenunciarme por haber pasado por atrás y reuní con ayuda de unos familiares mis papeles”.* Con el apoyo de las profesionales del Programa de Fortalecimiento Familiar (PFF) de Antofagasta lograron ingresar la solicitud de la visa temporaria para ella y sus hijos. Mientras

estos trámites migratorios avanzaban, el grupo familiar era ingresado a las prestaciones de salud y a la educación parvularia y escolar, derechos que deben resguardarse para todos los niños y niñas.

La conexión de esta familia con el equipo técnico de Aldeas fue fulminante. Después de esa primera reunión comenzaron a asistir a todas las actividades que convocaban. Damián tomó los dos talleres que ofrecían para los niños y niñas: arte y fútbol. Allí no solo despliega sus talentos, sino que aprende sobre sus derechos y socializa con niñeces de diversas nacionalidades. Conecta con otros dialectos, otras culturas y más que vecinos, ahora forman parte de una comunidad infantil que, de forma paulatina, va contando con más espacios para jugar y distraerse. *“La gente quiere construir casas en cualquier sitio libre que hay, no piensan en que los niños necesitan espacios para saltar, gritar y ser niños”*, relata Juana, dirigente comunitaria del campamento.

En medio de la sequedad de las rocas, sin un árbol o una flor cerca y agitada por el pasar de los autos a gran velocidad, Andrea cría a sus hijos. No quiere cometer los mismos errores que ella vivió en su niñez, pero a ratos no sabe cómo hacerlo. Poco a poco va aprendiendo en los talleres que asiste sobre crianza respetuosa y maternidad consciente, pero le interesa saber más. Apenas le ofrecieron ser parte del proyecto de empoderamiento marental aceptó. Se trata

de un servicio que ingresa a las casas y a la intimidad de familias que lo solicitan de forma voluntaria para fortalecer lo que ellos necesiten. Tras un proceso diagnóstico participativo, se arma con la familia su plan de intervención con objetivos alcanzables en el tiempo.

“En el proceso de diagnóstico identificamos como factores protectores la disposición al cambio, el compromiso con la crianza y el deseo de superación de Andrea. Ella es una mamá muy preocupada de sus hijos, pero a la vez era muy resistente a poder entregarles el cariño que los niños necesitan. Desde el momento que nosotros empezamos a trabajar con ella, a ordenar su historia familiar, a trabajar los



Solo tres meses tenía su bebé Adriana cuando llegaron al campamento Flor del Norte en Antofagasta, donde están viviendo hace dos años. Hoy, Andrea cría y educa a sus dos hijos con apoyo de su padre, quien la invitó a vivir a Chile.



Criar en soledad es retador para cualquier familia y más aún si es monoparental, como sucede con Andrea. El equipo del Programa de Fortalecimiento Familiar de Antofagasta la guió a nivel migratorio y también en talleres para padres y niños que impactan en el bienestar del grupo familiar.

límites con su hijo mayor, se empezó a ver un cambio importante” comenta Isabel, trabajadora social del PFF Antofagasta.

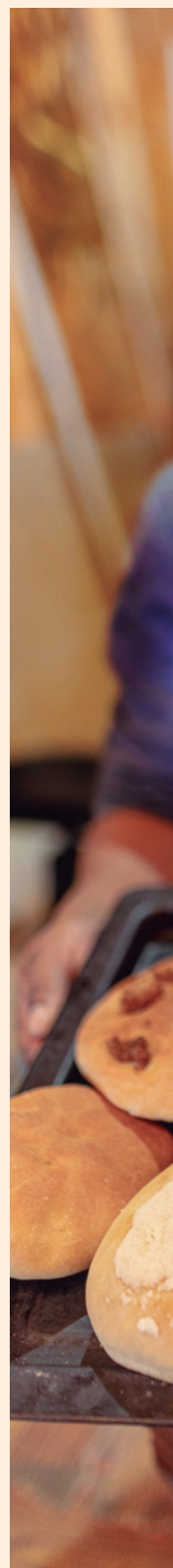
Andrea vivió su niñez y adolescencia con su abuela materna, quien le dio lecciones de rigor, pero poco de ternura. Sus padres no podían estar presentes en su cotidianidad y compensaron su ausencia con cosas materiales, lo que hizo que nunca le faltara nada. “Mi papá vivía en Argentina

y mi mamá trabajaba todo el día. Él llegaba de viaje y me compraba un montón de ropa, un montón de zapatos me llevaba a comer, a pasear. Y mi mamá hacía lo mismo, pero no era de decirme: «Hijita, te quiero» o darme un abrazo”.

Una herencia inconsciente que esta madre buscó desaprender con trabajo diario. Tras seis meses de recibir la guía de la educadora comunitaria y de la trabajadora social, esta familia cumplió sus objetivos y hoy sus interacciones con sus hijos son más amorosas y afectuosas. Cada uno ha podido explorar sus habilidades sociales y personales para dejar de lado la timidez y convertirse en un gran equipo. Hoy cuando el camino se pone pedregoso, encuentran una red de apoyo para salir adelante.

Es martes en el campamento y un nuevo taller llega a golpear la puerta para quienes deseen seguir incorporando nuevas herramientas de empleabilidad. Andrea tiene lista la mochila de Adriana para llevarla al taller de panadería y meter juntas las manos en la masa. “Fuimos varias de acá del campamento, entonces como que todas decían, «hay que vender, hay que vender». Y yo dije, «sí, yo también puedo. ¿Por qué no lo hago yo?» Porque sí, a veces uno tiene miedo de qué van a decir o tal vez que no les va a gustar, pero la verdad que sí tuve una buena aceptación”.

Cuando Andrea recibió la noticia de que su padre se había quedado sin trabajo decidió creer en ella. “Hoy con orgullo puedo decir que yo





Tras las sesiones con las profesionales, Andrea recuperó la confianza en sí misma, mejoró el vínculo afectivo con sus hijos y participó del taller de panadería. La abundancia está en su camino, y a diario vende pan relleno por el todo el campamento. Talento que en su país natal no había explorado.

sustento la casa y en gran parte es gracias al taller, porque antes el pan no me subía mucho, pero después de aprender sobre el leudado, ahora me queda bien. Vendo pan boliviano relleno con queso o manjar y a la gente le gusta bastante, porque es un pan amasado, pero relleno”.

Todas las tardes, cuando llega Damián del colegio, sale a repartir su producto estrella. En los días buenos vende hasta ocho kilos y en los días más flojos, cuatro kilos. Ingresos diarios que le permiten llevar el alimento a la casa de su padre y le han abierto un mundo de posibilidades. Ahora está buscando entrar en la pastelería, se encuentra estudiando recetas, practicando, porque de algo de lo que nunca se cansará esta joven madre es de aprender.

Un Capital Abeja, que apoya a personas emprendedoras, se aproxima, porque tras un año de espera, Andrea y sus hijos dejan atrás la irregularidad para ahora tener su identificación nacional y poder postular a los servicios y beneficios del Estado. Se abre un nuevo capítulo para la familia Quispe Andrade en Chile, país que a veces segrega, pero que también acoge, expande sueños, cura heridas y permite el sano desarrollo de una madre y sus hijos, la que estuvo a punto de regresar a Bolivia, pero que encontró un grupo profesional humanitario generoso y comprometido con el derecho humano a migrar, ese que permite extender las alas para volar en libertad. •

De la ciudad al campo

La historia de Sami y Sander también tiene de migración. Ella es venezolana y él chileno. Se conocieron en Estados Unidos y la conquista fue inmediata. Se casaron a los meses de flecharse y decidieron venirse a Chile con la intención de formar una familia en el campo, donde los niños se desarrollaran lejos del estrés de la ciudad y muy cerca de los ciclos naturales de la tierra. Lo primero que hicieron fue solicitar un préstamo para buscar el que sería su futuro hogar.

El sonido de los pájaros, las montañas nevadas y un sol radiante acompañan el viaje de este matrimonio de 39 y 40 años, el destino: Temuco y sus alrededores. *“Yo no conocía esta parte del sur de Chile. Sus mesetas verdes, la cantidad de árboles nativos, el río cerca, los volcanes, todo eso me enamoró. Así es que llegar aquí y ver que tenía todo cerca hizo que compráramos de inmediato”,* recuerda Sami.

La búsqueda de convertirse en padres para poder llenar su terreno de niños y niñas enquistó una de las penas más grandes de este matrimonio. Dos pérdidas pusieron en jaque el anhelo de criar juntos en el campo. Apareció la depresión y las crisis de angustia, especialmente en Sami, quien no se resignaba a aceptar que su cuerpo no

anidara una nueva vida. Jamás se abandonaron y tampoco aflojaron su sueño. Cada prueba les unía más y la vida les enviaba los primeros rayos de sol después de la tormenta. Después de muchos intentos por concebir, Kara, su primera hija, al fin llegaba a iluminar sus días y materializar la crianza en medio del sonido de los árboles, grillos y sapos.

Después de siete años de pagar el crédito bancario y de generar más recursos para la edificación, llegaron a su nueva casa en Trovolhue, una comuna rural de la Región de la Araucanía. *“Nos vinimos sin que estuviera listo, porque los maestros avanzaban muy poco sin nuestra presencia. Entonces, decidimos tomar la construcción nosotros mismos con apoyo de mi papá y cuando ya avanzamos con el radier llegó mi esposa y mi hija. La idea era vivir esta experiencia familiar todos juntos”,* comenta Sander.

Es pleno verano en diciembre de 2022 y la familia Velásquez Chong se disponía a sacar las vacas de su casa, para comenzar a habitar su ansiada vida. Lo primero que debían construir era una habitación para cobijar a Kara, quien llegó de un año y dos meses. La higiene también era importante, por eso, con una manguera y unos plásticos improvisaron la primera ducha





Sami y Sander se conocieron en una iglesia adventista en Miami y al migrar de Estados Unidos decidieron venirse a Chile a la casa de los padres de Sander, en Concepción. Allí estuvieron tres meses, hasta que les ofrecieron trabajo en Temuco y llegaron a la Región de la Araucanía a asentarse.

artesanal con agua fría. Mientras que el baño era cualquier monte o arbolito alejado de la casa. Con una cocinilla de camping se alimentaban y en una mesita pequeña se encontraban, para luego de comer cada uno pudiera seguir avanzando en sus labores.

Kara se paseaba descalza por toda la construcción y los pies negros de juego y tierra preocupaban a su madre. No quería que

un clavo pudiera terminar con la entretención de la bebé. Así estuvieron más de un año y lograron dejar la casa finalizada, solamente, en un 70 por ciento, porque cuando estaban en plena etapa de hermoejamento, esa pena de las pérdidas se iba diluyendo con la llegada de su segundo hijo y de un hermanito para Kara. Nació León y ahora la preocupación y el trabajo se duplicaba.



El matrimonio recorrió todo el sur buscando el que sería el terreno de sus sueños. Hasta que se encontraron con este predio, el cual no estaba a la venta en ese momento. Ellos con su cercanía, calidez y gracias a un familiar de Sander que conocía el sector, convencieron al dueño, porque al verlo fue amor a primera vista, igual como el sentimiento que surgió entre ellos cuando se conocieron.

Pese a que la familia vivía cada día como una aventura, comenzaba a evidenciarse lo difícil que era construir una casa y un proyecto familiar al unísono. Aparecía la depresión posparto, el cansancio y la frustración de no poder terminar nunca la nueva casa. Escaseaba el trabajo para la madre, diseñadora de profesión, quien solo quería crear un emprendimiento

para la autosuficiencia del hogar. Pero el bebé recién nacido y la falta de un espacio adecuado para montar su taller hacían que la misión se colocara cuesta arriba.

“Iba en búsqueda de una oportunidad de empleo, de generar ingresos, pero encontré algo mucho mejor: mujeres profesionales comprometidas con el crecimiento y las mejoras de las familias. Un



Antes de tener a Kara y León, la pareja tuvo unas gemelas que nacieron a las 27 semanas de gestación (seis meses). Sin embargo, ambas venían con problemas severos de salud: hidrocefalia y cardiopatía congénita, padecimientos que les cobraron la vida a las dos semanas de nacidas. Esta, junto a dos pérdidas más antes de León, son uno de los dolores más grandes de este matrimonio.

apoyo gratuito que yo valoro más incluso que aquellos que uno pudiera pagar”, reflexiona Sami. La vinculación y la confianza de la familia Velásquez Chong con el Programa de Fortalecimiento Familiar de Carahue fue inmediata.

Si bien esta madre era una estudiosa de la crianza respetuosa, de la importancia de las

rutinas y hábitos, donde el *home school* era su gran alternativa para educar a sus hijos, de igual forma sabía que precisaba de espacios de conversación con otros adultos que no fuera su esposo. No dudó en abrir las puertas de su casa a las profesionales y diseñaron juntas un plan de trabajo que fue creciendo con el paso de los días y con el compromiso de Sander.



Un total de seis hijos e hijas tuvo este matrimonio. Hoy, cada vez que pueden, se disponen a disfrutar de su entorno, de todo lo logrado, junto a sus dos hijos vivos. Se esmeran a diario por hacerles felices, criarles lejos de la tecnología y más cerca de las cosas simples de la vida, donde para ellos está la verdadera felicidad.

Apenas él llegaba de su trabajo en un colegio de Trovolhue se sumaba a todas las dinámicas con entusiasmo.

“Se trabajaron tres objetivos con la familia. El primero fue establecer rutinas con los niños, donde la idea no era estresarlos con horarios fijos o establecidos, como ellos lo tenían, sino más bien aprovechar los tiempos disponibles. El segundo elemento que surgió fue la importancia del autocuidado en la crianza y cómo los demás miembros de la familia podían apoyar estos espacios para la madre. Y finalmente, se trabajó la vinculación familiar, donde se abordó la comunicación asertiva, la empatía y las expectativas familiares”, resume Margarita, trabajadora social del PFF Carahue.

Horas se pasaba esta familia hablando con el equipo. No tenían miedo de desnudarse emocionalmente frente a ellas. Quedó a la vista que a quien más le costaba expresar sentimientos y emociones era a Sander. Por ello, tras estos encuentros se propuso acudir a terapia para seguir mejorando. *“Lejos, unas de las cosas que más me gustaba, aparte de todo lo que aprendí, era que las profesionales llevaban también dinámicas para los niños y los cuidaban con mucho amor y paciencia, mientras nosotros estábamos en las sesiones. Eso facilitaba que nosotros nos pudiéramos concentrar y avanzar”, reflexiona Sander.*

Pese a que son una familia que tiene muchas riquezas y un sinfín de habilidades protectoras

para autocuidarse y cuidar a sus hijos, a veces los silencios se volvieron incómodos cuando hubo una diferencia que no se comunicó. Hoy, cada vez que enfrentan un conflicto, buscan resolverlo de forma atenta y amorosa, porque ya saben que la hostilidad de lo no dicho afecta el bienestar de todo el grupo familiar, especialmente de los niños.

Nadie nace sabiendo criar y construir familia, pero cuando hay disposición a escucharse y mirarse sin juicio, las personas descubren un potencial infinito. Tanto así que hoy este matrimonio no solo comparte su proyecto familiar en el campo, sino también una posible fuente de trabajo que abre paso a la esperanza y minimiza la incertidumbre tras quedar sin trabajo el padre del hogar.

Llegaron las máquinas para comenzar a imprimir productos útiles que alegren el corazón. Papelería, agendas, libretas, cuadernos, libros para colorear y lámparas, cajitas para guardar cosas y simplificar el orden del hogar, unen a esta pareja con sus mejores talentos. Sami en el diseño y Sander en el trabajo de la madera. Para darle más promoción a este incipiente negocio, en momentos libres, graban un podcast llamado *“Chimbarca”*, donde se les puede ver siendo padres, amigos, amantes, campesinos, siempre con alegría y gratitud, porque el presente es abundante para quien no pierde la fe. •

La llamada de coraje

“¿Hola? Estoy llamando escondido, estoy desesperado. Mi mamá me deja solo todo el día, sin comida, a veces, no llega en días. Cuando llega, trae hombres que no conozco a la casa. Tiene pipas, paquetes con... Parece que vende... Yo no estoy bien, necesito que alguien me ayude, no sé qué más hacer. Le conté al psicólogo del colegio, pero me dijo que tenía que ponerme en su lugar, pero yo ya no aguanto más...”. “Tranquilo, estás llamando a la línea de prevención del suicidio y nosotros te vamos a ayudar”.

Con solo 12 años, Amaru sabía que lo que ocurría en la casa de su madre, emplazada en un campamento de Antofagasta, no le hacía bien. Después de ese llamado de auxilio al fono 4141, los profesionales que lo atendieron ingresaron una denuncia por negligencia grave y al paso de unos días, llegaron los carabineros con una orden judicial a retirarlo del lado de su madre. “Yo no entendía lo que estaba pasando, mi mamá se enojó mucho, me decía que todo era mi culpa”, fueron las primeras palabras que él logró balbucear.

El distanciamiento de este adolescente con su madre provenía desde hace años. Se remontaba cuando él tenía cinco años y ella decidió arrancar del lado de su esposo, porque la violencia y el exceso de alcohol llenaban sus días con un gris que necesitaba dejar atrás. En medio de la desazón, escudriñó en su fuerza interna y abandonó su natal Cobiya (Bolivia) para llegar a Chile en busca de nuevos horizontes.

Cada vez que podía llamaba por teléfono a sus tres hijos, que en ese entonces tenían tres, cinco y 15 años. Mantenía el acercamiento con ellos facilitado por el padre de los niños y utilizaba las redes sociales para verlos crecer. Hasta que una mala decisión, en el nuevo país que la había recibido, la alejó de sus hijos por dos años. La falta de oportunidades y la privación de recursos la hicieron perder su libertad y también la admiración de su hijo Amaru, quien desde Bolivia se enteraba de la situación legal de su mamá.

Fue justamente este antecedente penal, junto a la denuncia de Amaru ingresada por los



Amaru representa la fuerza y el empoderamiento de la niñez actual. En medio de la desesperanza y el temor, decidió denunciar a su madre, porque de acuerdo con la información que él manejaba sobre sus derechos, ella estaba vulnerándolos.

profesionales del fono de prevención del suicidio lo que ocasionó un nuevo quiebre entre esta madre y su hijo. Solo cuatro meses alcanzó Amaru a vivir con ella, tras lograr alejarse de su padre y hogar en Bolivia. Esa mañana, la llegada de la fuerza policial le alertaba que su incomodidad era más que eso, se trataba de una negligencia grave que hacía urgente su traslado a Aldeas Infantiles SOS de Antofagasta para su protección.

Amaru sentía que su vida se fragmentaba en medio de la rejilla del carro policial. Fue el camino más largo y aletargado que recuerda. Un nudo en la garganta y en el estómago aparecen

cuando lo trae a la memoria, en medio de su mirada extraviada y distante.

La primera casa a la que llegó fue una compuesta por puros varones, quienes de forma solapada se reían de su mutismo. En medio de su negativa para recibir alimentos o apoyo psicológico, brotaban actos irracionales que él no recuerda, donde acostarse debajo de su escritorio o desarmar su cama constantemente, preocupaban de sobremanera a las cuidadoras y al equipo técnico.

Pasaban los días y Amaru no mostraba ninguna mejoría, seguía sin poder evocar ni una sola



Los amigos y amigas de Amaru no lo conocían por su nombre femenino asignado, sino por sus diferentes apodos sociales que marcaron cada etapa de su vida. Desde sus ocho años, cuando comenzó a transitar de género, usó seudónimos de personajes de animé. Sus favoritos fueron Noah y Shazami (adaptado por él desde Shazam).

palabra, mientras la falta de comida lo tenía fatigado en la pena. La internación en un centro asistencial psiquiátrico era la única alternativa que se vislumbraba para traerlo de vuelta a la vida. Su psicólogo lo visitaba para que supiera que no estaba solo. Cumplió sus 13 años dentro del hospital y las conversaciones con su psiquiatra comenzaban a apaciguar su angustia, y con ello, llegaban las certezas.

Fue diagnosticado con un cuadro depresivo producto de este episodio de denuncia, al que, además, se sumaba una tristeza que cargaba hace tiempo, cuando a sus diez años comenzó a

sentirse distinto. Surgían interrogantes que sus padres no podían responder y sentires profundos que ellos no lograban contener.

La vida es multicolor

“Yo nunca tuve a nadie que me guiara, pero desde pequeño tuve celular. No me sentía cómodo con la forma en la que me vestía, con la forma en la que me tenía que expresar o en cómo todos se referían a mí. Me quitaban cosas, como que no podía hacer ciertas actividades porque tenía un género que me asignaban y como que no me sentía identificado.” Amaru fue bautizado como Sayén al nacer. Su padre siempre quiso tener un hijo, pero toda su descendencia fue biológicamente femenina. Eso, hasta que este hijo del medio decidió emprender un viaje sincero, un tránsito que poco a poco lo liberaba de un cuerpo y género que ya no le acomodaba.

“Nunca fui capaz de salir completamente del clóset con mi papá, porque él era una persona muy conservadora, agresiva, es que era policía. Aun así, yo inicié mi tránsito desde chiquito. Le empecé a pedir ciertas cosas a las que él accedió sin mayor cuestionamiento. Primero le dije que ya no quería ir más con falda al colegio, porque me daba frío, entonces le pedí que me comprara un pantalón. Después, le dije que me quería cortar el pelo y me preguntó «por qué si lo tienes tan largo y bonito», y yo le dije «porque sí». Ahí mi mamá se enojó, dijo que una mujer no se cortaba el pelo así, porque yo me lo corté muy cortito, así como

La soledad marcó gran parte de la niñez de Amaru, porque su madre se fue de su casa cuando él tenía solo cinco años y fue criado por su papá y su hermana mayor. Este peluche era y sigue siendo, en momentos de tristeza, su gran confidente.



de hombre. Cuestionó a mi papá por cómo me estaba criando, que era un mal padre. Y mi papá le dijo, «ya tranquila, no se lo va a volver a cortar» y eso me dio tristeza, porque nadie me estaba escuchando».

Amaru se encerraba en el silencio de su habitación de su país natal, donde abrazaba a Flopy, su peluche favorito. Encendía su celular para registrar sus momentos de extravío y soledad. La pantalla se convertía en su nuevo diario de vida que le regalaba calma en medio del caos de su mente. Su padre y sus hermanas sin saberlo eran testigos de su afirmación de género.

Empezó a buscar su nuevo nombre social sin ser tan explícito. “Papá ¿cuál nombre te gusta más: Mateo, Amaru o Javier. «Amaru, le respondió”.

Nombre que guardó y atesoró para comenzar a usarlo cuando llegara su momento. Mientras, en las reuniones y celebraciones familiares se seguían compadeciendo de las personas gays por “el mal que supuestamente les afectaba”, y su padre no dudaba en reforzar estos prejuicios con bromas e imitaciones que sacaban aplausos. Violencia psicológica que lo aprisionaba de alguna forma.

Se reducían los espacios para expresar su nueva identidad de género con sus seres queridos y en un acto de desesperanza le pidió a su mamá que lo recibiera en Chile. Guardaba la ilusión de una sociedad más moderna, de una niñez y adolescencia multicolor que pronto llegaría. “Yó

salí del clóset con mi mamá. Y ella me dijo, «ya, yo te apoyo». Pero, igual me seguía tratando como mujer. Apenas fue a Bolivia le contó a mi papá y le dijo «tanto que querías un niño y te llegó», pero él le respondió que me llevara al psicólogo, «porque eso no era normal»».

La esperanza de Amaru se comenzaba a hacer realidad cuando llegó a su nuevo liceo. Dejaba de ser una excepción, para ahora sentirse parte de un todo, donde más personas de su edad fluían sin mayores cuestionamientos. Surgían nuevas amistades, que se convertían en su nueva familia escogida, con quienes disfruta de juntas en el mall y paseos por la playa.

Es sábado y el sol ilumina su ventana con la fuerza de ese verano que no se quiere ir. El contentamiento lo habita en su despertar, como si intuyera que algo mágico va a ocurrir. Llega al centro de la ciudad y lo reciben un centenar de banderas flameantes, carteles con consignas LGBTQ+, compañeros y compañeras transformistas, y queers con sus mejores atuendos para conmemorar fuerte y claro el día de la comunidad trans. *“Yo sentía una emoción que no podía expresar. Éramos muchos niños y niñas, muchos carteles. Y yo me sentía en el paraíso, sentía una felicidad, pero también una tranquilidad. Estaba seguro de que nadie iba a juzgarme por gritar, por ser yo y, lo más importante, que nadie iba a dudar de mí, ni me harían preguntas”.*

Amaru actualmente se encuentra inscrito en el policlínico trans y está con un tratamiento hormonal para bloquear su desarrollo femeni-

no. A los 18 años espera poder acceder a una mastectomía para el retiro definitivo de sus mamas y lo que más desea es que su nombre social se convierta en su nuevo nombre legal, trámite que está en curso junto con su visado definitivo.

El nacimiento de un nuevo Amaru

Ya recuperado después de su hospitalización, Amaru quería volver a disfrutar. Estuvo años con la mente agitada y preocupada, estado que le impedía vivir el presente. Hoy de a poco toma su vida y comienza a sentir la confianza para expresar sus deseos. Le manifiesta al equipo técnico su incomodidad para regresar a la casa de varones. Quiere iniciar una nueva etapa en una casa mixta, con más presencia de niñas, como estuvo acostumbrado desde su niñez al convivir con sus dos hermanas biológicas.

Así llega a la casa de la calle Parque Japonés, donde rápidamente comienza a generar lazos con sus compañeras, con las cuidadoras y el equipo social. *“Comparto habitación con la Anto y la Cane, nos llevamos súper bien. Una de las cosas que más me gusta es cuando la tía hace completos y nos llama a tomar tecito o cuando hace sopita, me encanta. También me gusta cuando los niños me invitan a jugar, o me piden un consejo. También me encanta cuando nos toca viajar, he conocido Santiago, La Serena y San Pedro de Atacama, y guardo muchos recuerdos lindos y anécdotas de cada paseo. Hoy todo me gusta y disfruto”.*



Uno de los pasatiempos deportivos favoritos de este joven es el voleibol. Le gusta practicarlo con sus compañeros de colegio y de su casa. También disfruta de reunirse con sus amigas en centros comerciales cercanos a la costanera y al muelle, donde pasean y conversan de la vida, mientras escuchan el murmullo de las olas y los lobos marinos.



Amaru agradece haber llegado a la organización, porque para él sus derechos y opiniones se respetan en este espacio. El próximo año quiere volver a cambiarse de establecimiento, a un colegio más exigente que lo prepare para rendir la PAES (prueba de admisión universitaria) y, además, desea ser voluntario de bomberos.



Apenas fue retirado del lado de su progenitora, Amaru fue recibido por el director y el equipo psicosocial de la Aldea de Antofagasta, quienes lo acompañaron siguiendo el protocolo de ingreso y acogida. Este documento busca contener y dar la bienvenida a los niños y niñas que ingresan a una residencia de protección.



Frente a su casa, Amaru cuenta con una plaza de juegos para distenderse. Como su reintegración familiar no es posible, la organización promueve espacios de preparación para su vida independiente, con un acompañamiento desde sus 13 años hasta su egreso de la educación superior.

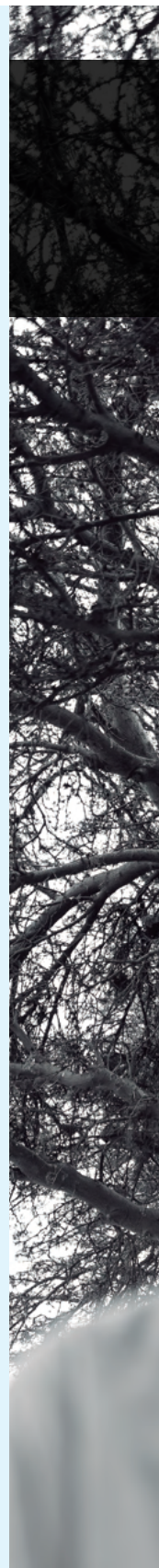
Durante estos dos años que este joven lleva viviendo en la organización ha podido explorar potencialidades que desconocía en él. En 2024 fue diagnosticado por su psiquiatra con la condición del espectro autista con altas capacidades intelectuales y desde ahí pudo ordenar varios episodios de su trayectoria vital. *“Yo nunca en Bolivia tuve acceso a salud mental, eso es algo que conocí aquí y que agradezco mucho, porque ahora me entiendo mejor”.*



Este joven actualmente optó por no tener contacto con su familia, a quienes hoy prefiere no juzgar. Sus vínculos cercanos son su cuidadora principal y la dupla psicosocial que lo acompaña. Aunque por su personalidad cálida y cercana, se lleva bien con todo el equipo.

Es tan profunda la reconciliación de Amaru con quien es hoy, que este año alcanzó uno de sus grandes sueños: ingresar al colegio artístico de la ciudad. Allí despliega sus aptitudes en el teatro, donde libera sus emociones, sana sus heridas y con cada interpretación y personaje recupera su confianza y autoestima, que habían quedado extraviadas en el camino.

Germina desde las profundidades de la tierra el Amaru líder, el buen compañero, el amiguero,





Amaru es un estudioso de los avances significativos en materias de derechos de la comunidad LGBTQ+, y se considera parte de este movimiento que dignifica y respeta a las personas independiente de su género y orientación. Para él es imperativo que ningún niño/a sea víctima de discriminación, como él la vivenció en su país natal.

el que destaca por sus buenas notas, el vocero regional del Servicio de Protección Especializada, el presidente del Comité de Jóvenes de Aldeas a nivel nacional, y el representante del equipo local de salvaguarda y protección infantil y juvenil de la organización, por nombrar solo algunos de sus logros.

“Para nosotros, Amaru es una muestra tangible de que cuando hay vínculos afectivos, cuando hay contención y personas disponibles, los niños pueden desarrollar todas sus potencialidades y recursos. Él en un momento tuvo todo en contra y podría haberse ido por otro camino, pero decidió con valentía enfrentarse al dolor, salir adelante y ser el joven resiliente que es hoy, un referente para su comunidad. Nosotros iniciamos ya con él su preparación para la vida independiente y lo vamos a apoyar en todas las decisiones que él vaya tomando”, señala Isaac, director de la Aldea de Antofagasta.

Con 15 años, este joven anhela continuar sus estudios superiores cursando alguna carrera ligada a la medicina y la salud mental infantil. Su inspiración es acompañar a niños y niñas que carecen de una guía adulta que esté disponible sin juicio para cada tránsito, para cada transformación y cada búsqueda constante de su mejor versión. Esa que nace de él con coraje, que echa raíces en su nuevo hogar y que espera prontamente celebrar con la tramitación de su nueva cédula de identificación, la que reafirma que su real identidad al fin llegó. •



Cataleya este 2025 cumple 18 años y llegó de apenas ocho meses a vivir a la Aldea Los Aromos (proyecto que en 2013 cerró sus puertas). Debió haber sido ingresada a una residencia para lactantes, pero para no separarla de su hermana mayor, llegaron ambas a este proyecto emplazado en la comuna de Macul, en Santiago, siendo unas bebés.

Una niñez a medias

Mientras el sol avanza sereno para descansar detrás de la cordillera de los Andes en Santiago, Cataleya se dispone a tomar primera fila para mirar un nuevo atardecer desde el techo de una de las oficinas de la Aldea de Madreselvas, proyecto que la acoge desde que era una lactante. La subida es peligrosa, pero a ella el miedo no la paraliza. Su joven corazón ya conoce de promesas inconclusas y de abrazos que no llegaron.

Trepa con astucia y en silencio por la ventana, toma la cuerda que dejó enganchada a la viga de la techumbre y logra su cometido. Mientras ella pone en riesgo su integridad física, en su casa todo es gritos y bulla. Nadie sabe nada acerca del paradero de la niña; se había extraviado la más pequeña de la casa.

Tras una hora de búsqueda e interrogatorios, la tía Omaira, en medio de los nervios y el estrés del momento, sirve la once con el puesto vacío en la mesa y da aviso al equipo técnico para la respectiva aplicación de los protocolos. Valentina, la hermana mayor de Cataleya, llega rauda del

colegio advertida de la situación y se dispone a encontrarla antes de que el sol se esconda.

Sabe que su hermana está dolida, que quiere estar sola, que su pena es tan grande como la de ella, pero no sabe cómo acompañarla. Con apenas once años, la mayor de las hermanas Garcés decide actuar con firmeza al encontrarla arriba de la techumbre. *“¿Te fuiste pa’ la casa, todos te andan buscando! Déjate de hacer show, te podís sacar la miércale aquí arriba, Negra. Yo entiendo que estái así por lo de nuestro hermano, pero te estái pasando ya”.*

Molesta, Cataleya no emite una sola palabra. Se lanza rápido del techo, corre hasta la casa, se hace un pan con todo lo que pilló en la mesa y se encierra en su pieza. Aprovecha el bullicio de la once para alistar su uniforme escolar, una frazada y comida para, apenas llegue el silencio de la noche, dar paso a una nueva escapada. Lleva meses así, huyendo de la ausencia de su hermano menor, Jaime.

La ventana es pequeña, pero las ganas de evadir el vacío que sentía eran más grandes. Cuando toda la casa se dormía, ella, con apenas ocho años, se volvía ínfima para salir por el pequeño cuadrado de la estructura de madera de la lumbrera. En la pileta vacía de la Aldea, escondite favorito de los niños y niñas, la esperan Camilo, Romina y Valentina (su hermana mayor) para pasar la noche conversando, jugando y haciendo lo que les plazca lejos de las reglas y de las pesadillas nocturnas que a veces les atemorizaban.

En medio de actos temerarios y disruptivos transcurrió la niñez de las hermanas Garcés. Cataleya tenía ocho meses y Valentina tres años cuando llegaron a vivir a la Aldea Los Aromos de Santiago. Un frondoso bosque, una piscina olímpica y grandes inmuebles y celebraciones alegraban sus primeros años de vida. Todos los sábados y miércoles recibían la visita de su madre, quien, con esfuerzo, les llevaba un helado Charlot para olvidar por un momento que la ausencia también tenía un sabor amargo.

La sombra de la vida en la calle, en rucos itinerantes, perseguía a todas las generaciones de esta joven madre, como un destino que se heredaba y la condenaba a vivir presa en el consumo problemático de sustancias. Un laberinto de desechos y tristezas viejas del que era imposible escapar y que se llevaba con ella los recuerdos, los afectos y el amor hacia sus hijas. También se consumía la posibilidad de

recibir el cariño del padre de las niñas, porque él tenía la prohibición de acercarse a la mayor de ellas por graves delitos cometidos en su contra.

Cuando las niñas cumplieron cuatro y siete años, el proyecto de Los Aromos tuvo que cerrar sus puertas por un redimensionamiento programático y llegaron a vivir a la Aldea de Madreselvas, la cual quedaba muy cerca del otro recinto. A este cambio, se sumaba el ingreso de las hermanas a la unidad de adopción del Sename, porque pese a los esfuerzos de esta familia, no había adultos con las condiciones necesarias para asumir sus cuidados.

Ambas notificaciones desestabilizaron profundamente a esta joven madre y en un acto de arrebató se opuso a esta resolución judicial una y otra vez. Es que ver a sus hijas de forma esporádica le daba vida, la sacaba del letargo de la droga y la indigencia. Desde el tribunal de familia le solicitaron rehabilitarse para volver a ver a las niñas, pero no logró hacerlo y desde ese momento, Cataleya y Valentina nunca más supieron de ella.

Dolor que une

Las niñas esperaban su regreso algún día y su recuerdo volvió a aparecer con la llegada inesperada de un nuevo hermano. Jaime había nacido tres años después que Cataleya e ingresaba a la Aldea a alborotar a las cuidadoras y a los equipos con su energía vivaz y pueril. A





Valentina el 8 de septiembre cumple 21 años y llegó a la Aldea con tres años recién cumplidos. Dejó de vivir en el proyecto Pillán (ex Madreselvas) a los 18 años para ingresar a las casas compartidas de la Fundación Sentido. Actualmente, ambas organizaciones le prestan apoyo en la continuidad de sus estudios superiores y en su vida autónoma.

sus hermanas, les traía una ternura y alegría que ellas atesoran hasta hoy, pese al corto tiempo que pudieron disfrutarlo.

El niño recibía visitas esporádicas de su familia paterna. Aparecieron hermanas por parte de su papá, quienes jamás se acercaron a ellas, como si la orden de alejamiento del progenitor les prohibiera conectar con sus hermanas, conocerlas e incluso ayudarlas a salir de la residencia en un futuro. Un nuevo dolor familiar se instalaba en los corazones de Cataleya y Valentina y otra pérdida llegaría sin previo aviso.

“Lo que más me marcó fue cuando sus padrinos lo fueron a buscar al colegio. Le habían dado dos juguetes, tenía uno en cada mano y yo lo vi de frente. Él estaba corriendo de un extremo a otro y yo empecé a correr para abrazarlo. Él no me vio; pasó de largo y se fue. De ahí nunca más lo vi”, así recuerda Cataleya el último día que vio a su hermano Jaime. Tres años alcanzó a estar en la Aldea. A sus cinco años, fue rápidamente dado en adopción.

Aparecía en las niñas una rabia y frustración que las enfrentaba a diario a discusiones y peleas sin sentido. Se culpaban mutuamente de la vida que les había tocado, de esa desazón que les pesaba cargar. Se tenían la una a la otra, pero no podían acompañarse. *“Yo la miraba y me daba un odio”,* dice Cataleya. *“Bastaba con*



Ventana por la que se escapaba Cataleya, la menor de las hermanas Garcés. En tercero básico, ella iba de forma intermitente al colegio y cuando lo hacía, se pasaba la mayoría del tiempo durmiendo en clases. Se desvelaban en el patio de la Aldea Madreselvas, conversando y jugando, situación por la que repitió de curso.

que la Negra me mirara feo y quedaba la escoba”, recuerda Valentina.

Las confrontaciones entre las hermanas Garcés eran cada vez más recurrentes y la única alternativa que quedaba era separarlas de casa. Cataleya llegaba donde la tía Kelly Morales, una cuidadora legendaria de la organización, que había crecido en la Aldea de Bulnes y que desde que egresó de la universidad dedicaba sus días a cuidar y acompañar a niños y niñas que compartían sus mismos pesares. *“Siempre me vi reflejada en cada una de las historias de ellos, por eso siempre he dado lo mejor de mí para que salgan adelante, para que ser de la Aldea no sea una cruz”,* comenta esta actual cuidadora de la Aldea de Ñuñoa, quien sigue trabajando en la organización, pero ahora como mentora de las nuevas generaciones de educadoras.

En esos años, la misión con la menor de las Garcés era altamente retadora. Su inasistencia al colegio, sus escapadas por los techos y las peleas con sus pares se habían convertido en su mayor refugio. Con ocho años de edad, aún no sabía leer y había repetido de curso.

“Cataleya tenía un leve porcentaje de discapacidad intelectual producto de su llegada como lactante al proyecto. Lo más probable es que no recibió estimulación temprana, ni todos los nutrientes que precisaba de la leche materna para su sano desarrollo. Entonces siempre le costó más algunas materias,



Durante años, estas hermanas tuvieron una relación conflictiva por el dolor de no contar con una red familiar que las abrazara desde sus primeros años de vida. El vacío de no recibir visitas de un momento a otro, y la adopción inesperada de su hermano menor, las hizo experimentar un rechazo mutuo que se agudizó durante su adolescencia.

pero ella pedía ayuda y siempre se las ingeniaba para no quedar atrás”, explica con orgullo Alejandra, trabajadora social que se desempeñó como directora de la Aldea Madreselvas durante los últimos cinco años y actualmente presta apoyo a todos programas residenciales a nivel nacional.

Nace una nueva familia

Todos los días, la tía Kelly estudiaba con Cataleya para nivelarla en sus estudios y la ingresó al Programa de Integración Escolar (PIE) para acortar las brechas. Con un silabario le enseñó a leer, porque muy en lo profundo sabía que su

nueva hija tenía múltiples capacidades, y que su amor y firmeza la sacarían adelante. Dos años después llegó a su misma casa Valentina, quien ya tenía 13 años y se había convertido en una líder para su comunidad.

Cada vez que el equipo técnico necesitaba algún apoyo en actividades recreativas, o incluso en situaciones de desajustes conductuales, recurrían a ella y a Cataleya. Ambas eran escuchadas por sus pares y, a la vez, muy respetadas. La mayor de las Garcés empezaba a priorizar sus estudios, porque quería llegar a la universidad.



A Kelly, la madre de corazón de las hermanas Garcés, le habría gustado adoptar a más niñas del proyecto Pillán que tuvo que cerrar sus puertas en 2024. Sin embargo, por un tema económico y de salud no pudo hacerlo, pero constantemente va a visitar a sus regalonas, porque son vecinas del nuevo proyecto a cargo de otra fundación.

Dentro de su madurez se permitió experimentar vivencias propias de su edad, que en algún momento preocuparon a Kelly.

“Recuerdo que una vez yo tenía quince años y me escapé con la Caro, ambas andábamos pinchando con unos chiquillos de por aquí cerca, y ella supo dónde estábamos y llegó a buscarnos con la Cata y la Antonia allá, que eran las más chicas de la casa. Una pura mirada y las dos al tiro nos fuimos pa la casa, porque le habíamos mentido. Le dijimos que andábamos en la casa de una compañera estudiando

y era mentira”, reflexiona Valentina, a sus ya 20 años.

Kelly dejaba de ser la tía de la casa para las hermanas Garcés y se convertía en su “mami”. Esa que cuida y protege en las noches de enfermedad, que asiste al colegio cuando llaman a la apoderada, la misma que duerme con la puerta abierta por si un mal sueño amedrentaba en las noches, o aquella que pone de su dinero cuando algo les falta a sus niñas. La misma que no tuvo hijos biológicos, pero sí muchos niños y niñas que



En 2015, Kelly llegó a la vida de Cataleya para entregarle todo el apoyo y amor que ella necesitaba. A partir de ese momento, la niña de nueve años asistía a diario al colegio con un dejo de incomodidad, pues era la más grande de edad del curso por su repitencia, pero en los recreos se juntaba con los niños y niñas mayores como ella.



Desde que su hermano fue dado en adopción, Cataleya buscó pistas sobre su destino, pero sin buenos resultados al ser información reservada. Sí encontró a su madre, a quien contactó por redes sociales. Lo primero que hizo la mujer, de hoy 40 años, fue pedirles disculpas a ambas. Por desgracia, ella sigue inmersa en el consumo problemático, al igual que toda su familia.

crecieron bajo su protección en Aldeas Infantiles SOS de Antofagasta y Santiago.

“Ella se ganó que le dijéramos mamá, porque siempre estuvo para nosotras sin pedir nada a cambio. Tenía su genio sí, y nos puso límites cada vez que fue necesario”, enfatiza Valentina. “Yo le tenía miedo a mi mamá antes de llegar a su casa, porque cuando yo me portaba mal ella siempre me echaba de su sector «por ser mala junta», pero después, cuando la conocí más, al tiro enganchamos. Yo la acompañaba a hacer las compras, a todo lo que ella me pidiera. También la defendía cuando los niños se ponían pesados. Ella me enseñó a leer, a ser ordenada, a todo lo que yo sé ahora”, remata Cataleya, ahora con 17 años.

Hace más de un año y con el apoyo de Valentina, la tía Kelly se la jugó por Cataleya y decidió solicitar en tribunales su cuidado personal. La Aldea de Madreselvas cerraba sus puertas por una nueva refocalización hacia la atención ambulatoria y preventiva, y los niños y niñas que no contaran con redes familiares serían trasladados a otras residencias dependientes del Servicio de Protección. Noticia que alentó el surgimiento de la nueva familia Garcés Morales, un vínculo genuino y recíproco que da cuenta de que el amor que no siempre se hereda, también se construye.

Dos flores de un mismo jardín

Son las siete de la mañana y Valentina se prepara para su primer día de práctica en el Centro de



Valentina indica que todo lo que sabe de quehaceres del hogar lo aprendió de Kelly, su mamá elegida. Hoy se turna para cocinar con su compañera de departamento para ahorrar y comer más sano. Pronto sueña con realizar su primer viaje fuera de Chile. El destino: Brasil.



Es tanta la sincronía de estas hermanas, que hace dos años ambas hallaron el amor. Las familias de sus novios las adoptaron como unas hijas y creen que si algún día llegaran a tener hijos/as, les cuidarían mucho. Ese es el gran legado que para ellas les heredó Aldeas Infantiles SOS.



Valentina tuvo la fortuna de tener en su trayectoria de vida apoyo de diversas personas. Recuerda con especial aprecio a Francia, Roberto y su hija Catalina, una familia que la apadrinó cuando tenía 11 años, tras un voluntariado de una Iglesia evangélica. Ambas hermanas pasaron varias festividades con ellos y actualmente continúan en contacto.

Entrenamiento y Kinesiología 113. Debe salir pronto de su departamento ubicado en el centro de Santiago para no llegar tarde. Con la misma prisa, se alista Cataleya, en la casa que comparte con Kelly en Macul, para su primer día de clases, en el tercero medio B de su liceo científico humanista.

Valentina cursa con alegría y orgullo su segundo año de kinesiología en la Universidad Tecnológica Metropolitana, donde se desenvuelve con buenas notas y estudia con gratuidad. Gracias a las aptitudes demostradas en su enseñanza media, postuló a un proyecto de casas compartidas de la Fundación Sentido, que apoya a jóvenes que han estado toda su vida en residencias de protección, y se adjudicó un cupo.

Hace dos años, Valentina dejó la Aldea y vive en plena Plaza Baquedano. Comparte departamento con otra joven que también cursa estudios en la educación superior. Hacen un buen equipo y se acompañan en su cotidianidad. Además, continúa recibiendo apoyo económico y emocional de Aldeas Infantiles SOS para su manutención y estabilidad integral, el cual complementa con un trabajo part time los fines de semana en una reconocida cadena de pizzerías.

Con una resiliencia que emociona, esta joven decidió romper con la herencia familiar del abandono y hoy sueña con titularse y poder obtener un lugar para vivir junto a su hermana y su mamá de corazón. Cataleya es y seguirá siendo su motor diario, su mayor inspiración para ser cada día mejor en sus estudios y en su trabajo.

Para Cataleya, su hermana mayor es su máxima admiración y quiere seguir su legado de superación. Anhela con terminar cuarto medio y postular a la Policía de Investigaciones (PDI) para trabajar en la unidad de búsqueda de personas y asegurarse de que su hermano menor esté bien, seguro y tranquilo, tal como ella se siente en este presente.

Hoy Cataleya y Valentina caminan más unidas que nunca y se recuerdan cada vez que es necesario que donde hubo ausencia, hoy hay presencia y amor incondicional. •

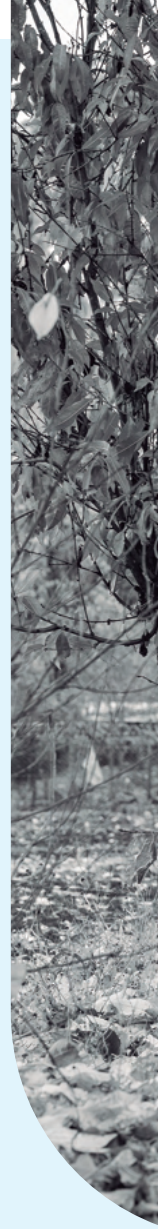
Una niñez invisibilizada

Es miércoles 4 de septiembre de 2024 en la población chillaneja Lomas de Oriente y Catalina está inquieta junto a sus tres hijos, en la casa de su madre. En la noche llegó de visita su hermano mayor con sus hijos y, debido a la cantidad de personas, deben hacer turnos para ocupar el baño, la cocina y los espacios comunes del pequeño inmueble. La música de los vecinos y una reciente discusión acalorada en la casa colindante mantienen nerviosa a esta madre. Mientras ella vigila que todo se modere, Esperanza, la menor de sus hijas, baila y salta sobre la cama de la habitación al ritmo de las canciones de la Vaca Lola. Sus otros dos hijos mayores se esfuerzan por concentrarse en sus tareas escolares, decididos a mantener sus promedios sobre 6,0 en sus respectivos cursos: uno de ellos está en cuarto medio (18) y estudiará mecánica, y su hermana está cursando sexto básico (12).

Cuando al fin aparece el silencio de la tarde, la calma se rompe con la llegada inesperada de

carabineros a la casa. No venían solos, estaban acompañados de Marta, la abuela paterna de Esperanza, y también de tres profesionales del equipo del programa de Acompañamiento Familiar Territorial y Prevención Focalizada (AFT - PF) de San Ignacio. Las noticias no son alentadoras para ella, traen consigo la orden de retirar a la menor de sus hijas de su lado, porque una serie de denuncias en su contra la sindicaron como una madre supuestamente negligente y descuidada con el entorno donde educa a sus hijos. Esperanza queda ingresada al programa de prevención debido a una presunta vulneración de sus derechos y es su familia paterna quien reclama sus cuidados.

Llena de interrogantes, en silencio y con los ojos aguados, esta joven madre entrega a su hija, a su “Pollito” como ella suele decirle, cuando apenas faltaban doce días para que cumpliera tres años. No quiso poner resistencia y, en ese vaivén de pena y rabia, le pidió a su exsuegra que la cuidara mucho. Lo que en una casa





Esperanza lleva casi un año viviendo con su familia paterna, en la localidad de Pinto-Coihueco, Región de Ñuble. En la foto, la niña está junto a su abuelita Marta, paseando por el campo del mismo predio donde Antonio, su papá, construyó una gran casa para ella y sus otros dos hermanos.

se vivía como uno de los días más hostiles y oscuros del último tiempo, en la comuna de Pinto, en el hogar de Antonio, el padre de Esperanza, se respiraba tranquilidad porque la niña al fin estaría en un sitio más adecuado para su desarrollo.

Hace meses que Antonio y sus padres no conciliaban el sueño pensando a diario en el bienestar de Esperanza. Para ellos, la niña no estaba viviendo como se merecía ni tenía las comodidades que ellos podían ofrecerle. Si bien gozaban de visitas recurrentes gracias a la flexibilidad de su madre, de igual forma

querían tener una participación más activa en su rutina. El quiebre definitivo de la relación de pareja de estos jóvenes generaba fracciones y grietas en la comunicación y crianza de la niña. Emergía la judicialización como el único camino para encontrar acuerdos.

Padres en conflicto y derechos en pausa

Antonio y Catalina se conocieron con 27 años y la seducción en la barra de una discoteca de Chillán fue inmediata. Al ritmo del reguetón, de la cumbia y de la diversión de la noche se conquistaron y estuvieron juntos durante casi siete años. En el primer periodo de relación se dieron el tiempo de conocerse a fondo en su individualidad, se acompañaron en momentos difíciles y se dieron ánimo cada vez que lo necesitaron. Una vez que estuvieron más seguros de lo que iban sintiendo, se presentaron a sus respectivos hijos e hijas y, finalmente, dieron paso a la exposición oficial frente a sus familiares.

La joven pareja no solo coincidía en el amor que iban cimentando en su presente, sino también en su pasado y descendencia. Catalina fue madre a los 17 años, se casó siendo una adolescente y al paso de unos años, tuvo a su segunda hija producto de esta misma relación. Antonio, por su parte, también tuvo dos hijos de 13 y 10 años actualmente, de dos vínculos distintos que no lograron prosperar en el tiempo.



La niña de tres años pasó de tener una vida citadina a una cotidianidad en el campo. Su padre decidió ingresarla a la educación parvularia durante la jornada de la tarde. Los primeros días llegó a la casa un poco triste, porque era testigo del amor de madre que disfrutaban sus compañeros/as, mientras que a ella, siempre la iba a dejar y buscar su papá.

Esta similitud de vivencias, de amores que no perduraron a causa de la infidelidad e incompatibilidad, instalaron en la pareja la ilusión de cambiar su historia. En un comienzo todo marchó bien. Salían de paseo juntos, iban a la playa, al campo, sus hijos compartían entre ellos y con sus familias. Hasta que poco a poco la desaprobación y la crítica recurrente de algunos de sus padres, los celos, las inseguridades y el exceso de control comenzaron a mermar lo construido.

A los tres años de relación, cuando las cosas estaban tambaleantes, Catalina quedó embarazada y Antonio no se lo tomó bien. *“Yo creo que ella se sacó el anticonceptivo sin mi consentimiento y por eso yo me molesté”,* enfatiza este joven. *“Yo me saqué el dispositivo porque estaba engordando mucho y jamás pensé que me quedaría embarazada altiro. Se supone que igual debió durarme la protección unos días, pero no fue así”,* remata Catalina.

Con la culpa encima como una cruz pesada que se carga en soledad, esta madre vivió sus nueve meses de gestación. Antonio se acercó a ella cuando la rabia había disminuido y llegó de forma sorpresiva, el 16 de septiembre, al parto. El dolor del abandono se había instalado en el corazón de la joven mucho tiempo antes, sin que ella pudiera pesquisarlo. Pese a la decepción, ella no quería alejar a la bebé de su padre y se dispusieron a darse una oportunidad para enfrentar juntos la crianza. Con Esperanza

nació la ilusión de construir una nueva familia.

La idea de irse a vivir juntos no aparecía en las conversaciones y proyecciones de la pareja. Ambos vivían aún con sus padres y Catalina criaba casi sola a sus dos hijos mayores, lo que dificultaba cualquier proyecto en común. Se sumaba a ello que Antonio trabajaba toda la semana en las afueras de Chillán y llegaba a ver su hija cada vez que podía, pero con mayor seguridad los fines de semana. *“Yo le empecé a reclamar que me sentía sola, que no entendía para qué estábamos juntos si casi nunca nos veíamos”,* recuerda Catalina. Las exigencias familiares y laborales estresaban a la pareja y la violencia no tardó en tocar fuerte su puerta.

La dependencia emocional, los malos tratos y los conflictos se hicieron más habituales que las muestras de amor y, sin darse cuenta, estos padres repetían sus crudas historias de niñez. Ahora los protagonistas que se agredían de forma física, psicológica, económica y simbólica no eran sus padres, sino ellos mismos. *“Mi papá arrastraba a mi mamá por el suelo, siempre le pegó. Yo me había prometido no aceptar esto, pero terminó ocurriendo igual”,* confiesa Catalina. En medio de la ira, de ese espejo afilado que hace sangrar las heridas del pasado, Esperanza dejaba en las sombras a esa niña extrovertida, vivaz y juguetona. El miedo, el llanto y las pesadillas se apoderaban de ella a sus cortos meses de vida.



En un comienzo, el equipo del proyecto AFT-PF San Ignacio manejaba la hipótesis que la madre podría estar siendo negligente en el cuidado de su hija, pero ella se sometió a diversos exámenes y test propios del proceso y estos arrojaron que Catalina no cuenta con ningún impedimento para volver a ver a su hija.

“Recibimos a una niña que no era capaz de mirar a los ojos en una primera instancia, una niña desconfiada, insegura e irritable. De hecho, cuando ella vio a los carabineros mostró temor, porque los adultos estaban en un nivel de desajuste familiar tan profundo que recurrían frecuentemente a la fuerza policial para arreglar sus múltiples problemáticas. Y a tan corta edad no tenemos la estructura cognitiva desarrollada para enfrentar y elaborar en nuestra cabeza una situación tan adversa como esa”, comenta Margarita, psicóloga del AFT y PF de San Ignacio.

Volver a mirar con Esperanza

Todas las mañanas, Esperanza se despierta con su mamadera calentita para tomar la leche que su abuelita le prepara con amor y dedicación. Aunque su papá le hizo una habitación llena de mariposas con sus colores preferidos en la nueva casa que construyó en el terreno de sus padres, no logra desapegarla del colecho con sus abuelitos. *“Ella es feliz al lado de sus tatas”,* asegura Antonio. Apenas se va la helada matutina del campo, la niña se coloca un par de sus tantas botas favoritas y sale a recoger frutas y huevos para desayunar junto a su abuelita.



Antonio sabe que su hija necesita más atención y cariño desde que llegó a vivir con él y sus padres. La consienten en todo lo que pueden e intentan llenar con amor, juguetes, ropa y zapatos, el vacío de no tener a su madre cerca.

A ratos se olvida del hambre, corre y se pierde entre los sembradíos de frambuesas, papas y arvejas, o se pasa a la casa del lado a jugar con sus primos y primas. En medio de montes verdes, de riachuelos y de abundante flora y fauna, crece y se divierte Esperanza. Desde hace unos meses está asistiendo al jardín, experiencia que la tiene más pretenciosa que de costumbre y no titubea



Esperanza desde que creció en el útero de su madre fue víctima de violencia familiar. Catalina, su progenitora, no tuvo otra alternativa que denunciar estos episodios, que cada vez iban en aumento y ponían en peligro la integridad de ella y su hija menor.

en tardarse hasta una hora en elegir su nuevo atuendo y peinado. Antonio debe trabajar de forma fragmentada para darse el tiempo de ir a dejarla y recogerla. Entretanto, su abuela, no se acostumbra al silencio de la casa que deja con su ausencia.

“Papi, dile a la abuelita que no esté triste por su Esperanza, que a la tarde ya la veo”, recrea Anto-

nio sobre los dichos de su hija. Feliz y ansiosa espera todas las tardes que la lleven al centro educativo infantil para jugar, bailar y aprender con sus nuevos amigos y amigas. Cada vez que puede, llega con un regalo para el hogar hecho con sus propias manitos. Pero no siempre llega contenta, porque a ratos surge la nostalgia de su madre. En esos momentos de tristeza, su familia paterna la abraza con más fuerza, y mediante una videollamada o promesas que esperan cumplir, buscan disipar su melancolía. *“Hija, tu mami está trabajando lejos, pero ya no más va a venir a verte”,* le dice su padre.

Tarde noche por medio, Catalina llama por teléfono a su hija para saber cómo transcurren sus días y acompañarla en su crecimiento. No quiere perderse ningún detalle de su cotidianidad y gracias a la voluntad de Marta puede hablar seguido con ella. Sin embargo, hay días en que la niña se aburre del aparato tecnológico y prefiere seguir entretenida con su juguete regalón del momento. *“Cuando ella quiere hablamos, yo no la obligo. Ayer me decía «mami, mañana te voy a dar un coyak, porque tengo muchos». Yo le dije, «Ya hija, pero tienes que decirle a tu abuelita que te lave los dientes, sino eso te hace mal». «Ya, mamá», me dice”*

Hace ocho meses que Esperanza está viviendo en una tranquila zona rural y es la más consentida del hogar. Mediante el acompañamiento terapéutico del equipo recupera la confianza y la alegría que la violencia familiar le arrebató



La niña pronto cumplirá cuatro años y su madre desea celebrarla como no lo pudo hacer el año pasado, cuando perdió sus cuidados. Desde ya, la emociona la gran resiliencia que forjó Esperanza en este proceso de separación y su alta capacidad de adaptación. Si bien siempre mantuvo una relación cercana con sus abuelos paternos, sabe que ella la necesita.



Cuando los adultos sanan sus heridas, los niños y niñas reciben el regalo más importante que les pueden ofrendar sus padres: crecer en armonía y amor. Hoy, Esperanza ve florecer su final feliz con una familia unida y reconciliada por ella.



en un momento. Su familia materna y paterna también acuden a sesiones mensuales de salud mental para reelaborar sus propias situaciones de trauma y convertirse en los cuidadores que ella necesita. Surge con valentía un nuevo relato familiar más compasivo, que va habilitando a estos adultos para cuidar y acompañar a la niña con menos pesares y frustraciones encima.

“Durante estos meses, todos los adultos significativos han tenido que recurrir a instancias individuales y grupales para fortalecer sus competencias familiares, integrar pautas respetuosas de crianza, mejorar la comunicación entre ellos y así mejorar el vínculo que tienen con su hija. Además, estamos concentrados en robustecer el área psico y socioemocional de la niña, de acuerdo a su ciclo vital, que pudo verse afectada por las vulneraciones de derechos de las que fue víctima”, comenta Andrés, trabajador social del AFT-PF de San Ignacio.

El sabor amargo de esa despedida obligada, a días del cumpleaños de su hija, acompañó a esta madre por meses. Hasta que un día decidió levantarse de la cama, secarse las lágrimas e iniciar un proceso de sanación y recuperación de su hija. Con esfuerzo y trabajo propio, logró irse del lado de su madre y hoy arrienda una casa en un sector más apto para el sano crecimiento de sus hijos. Sigue con rigor las indicaciones del equipo profesional para volver prontamente a sentir el olor y el cariño de su guagüita.

“Agradezco igual todo lo malo y lo bueno que me ha traído esto, porque me ha hecho súper bien asistir a las atenciones psicológicas. He botado hartito, he llorado mucho y siento que ahora estoy comenzando una nueva vida. Estoy buscando un trabajo más estable, porque ahora vendo ropa por internet y quiero más adelante abrir un negocio de comida, porque cocino rico y rápido. Ahora lo que más quiero es recuperar la mitad de mi corazón que me falta, que es mi Pollito, mi Esperanza”, comenta Catalina.

A pesar de todo lo vivido, esta madre no quiere alejar a su hija del lado de su familia paterna. Está dispuesta a compartir de forma justa y equitativa sus cuidados, más cuando en los próximos días se avecina el primer encuentro presencial entre Catalina y Antonio. Un momento que pondrá a prueba la gestión personal que cada uno ha desarrollado durante estos meses y que dará inicio al tan ansiado proceso de revinculación.

Una reconciliación simbólica sin culpables a cuestas, donde las diferencias se van diluyendo para volver a mirarse con los ojos del perdón. En el pasado van quedando los actos cegados por el dolor de todo aquello que no pudo ser y que no pudo concretarse. Con todas sus riquezas y saberes, estos padres se permiten volver a poner en el centro de sus vidas el bienestar de su hija, quien añora una familia unida, amorosa y fortalecida que va renaciendo después de la tormenta. •



El equipo tras estas páginas



Equipo editorial:

[Alan Rojas](#), periodista investigador; [Daniela Toro](#), autora y escritora del libro,
[Paz Hernández](#), periodista investigadora; [Génesis Andrade](#), Líder de Padrinazgo y Gestión;
[María José Varela](#), Jefa de Atención y Gestión Programática; [Paulina Fernández](#), Directora de Abogacía y Estudios;
[Osvaldo Salazar](#), Director Nacional; [Norma Valdés](#), Directora de Desarrollo de Programas;
[Fernanda Arriaza](#), Líder de Planificación y Control de Gestión.

A quienes hicieron posible este viaje

Queremos agradecer infinitamente a todas las almas que no se estancaron en aquello que perdieron y que lograron regenerarse con paciencia, amor y voluntad. A todos y todas quienes nos abrieron su corazón para hablarnos del poder transformador de su tristeza, nuestra admiración:

Barbara Rosales, sus tres hijos y **Nilse Ilmendi**, madre que con el apoyo de su madre está recuperando el cuidado de sus hijos de la Aldea de Puerto Varas; **Aylin Villa**, joven participante de la Aldea de Padre Las Casas; **Paula Quiroga** y sus dos hijos, familia focalizada del Programa de Fortalecimiento Familiar de Antofagasta; **Jessica Chen**, **Néstor Vásquez** y sus dos hijos, familia focalizada del Programa de Fortalecimiento Familiar de Carahue; **Axel Gárnica**, participante de la Aldea de Antofagasta; **Priscila** y **Rosita Martínez**, egresadas de la Aldea de Pillán- Santiago; **Ramón Lagos**, **María Angélica Urra** y **Cristina Fuentes**, familia participante del Programa de Acompañamiento Familiar Territorial y Prevención Focalizada de San Ignacio-Chillán.

Arturo Añir, egresado de la Aldea de Malleco; **Bryan Llanquín**, joven participante de la Aldea de Puerto Varas; **Isabel Cayul**, joven participante de la Aldea de Malleco; **Johana Igor**, egresada de la Aldea de Chiloé, **Teresa Yumani**, dirigente y participante del Programa de Fortalecimiento Familiar de Antofagasta; **Cecilia Hernández**, egresada de la Aldea de Curicó; **Alicia Huilipán**, familia focalizada del Programa de Fortalecimiento Familiar de Carahue; **Miguel Quilaleo**, padre que recuperó el cuidado de sus hijos de la Aldea de Padre Las Casas; **Francisco Hernández**, egresado de la Aldea de Bulnes; **José Leopoldo Eguiguren**, egresado de la ex Aldea de Madreselvas-Santiago.

Este libro no podría ser posible sin las manos trabajadoras y esforzadas de nuestros equipos quienes día a día con su presencia y entereza contribuyen a transformar vidas. Para ellos y ellas, quienes nos apoyaron para contar nuestra propia historia un especial reconocimiento:

Equipo de la Aldea de Puerto Varas: Daniela Cid, directora del programa; Juan Pablo Márquez, acompañante de jóvenes; Nelson San Martín, trabajador social; Sonia Mansilla, ex psicóloga; Víctor Oviedo, ex director del proyecto.

Equipo de la Aldea de Padre Las Casas: Carola Caamaño, directora del programa; Valeska Lara, acompañante de jóvenes; Marcia Barra, cuidadora de apoyo; Roxana Curihuinca, cuidadora principal.

Equipo del Programa de Fortalecimiento Familiar de Antofagasta: Mauricio Muñoz, director del programa; Mireya Miranda, trabajadora social comunitaria; Gladys Neira, trabajadora social familiar.

Equipo del Programa de Fortalecimiento Familiar de Carahue: Daniela Arriagada, directora del programa; Jocelyn Mella, trabajadora social familiar; Reychelel Calfulaf, psicóloga comunitaria.

Equipo de la Aldea de Antofagasta: Joel Valenzuela, director del programa; Carla Flores, trabajadora social; Roy Palta, ex - trabajador social del proyecto.

Oficina Nacional: Álvaro Vasquez, subdirector nacional; Paola Vega, trabajadora social del equipo de Desarrollo de Programas; Ricardo Campos, administrativo contable.

Equipo del Programa de Acompañamiento Familiar Territorial y Prevención Focalizada de San Ignacio-Chillán: María Eugenia Olivares, directora del programa; Miguel Mansilla, coordinador técnico, Claudia Meza, psicóloga y acompañante terapéutica.

Equipo de Aldea de Angol: Ivresse Jorquera, directora del programa; Nicole Aguayo, acompañante de jóvenes; María Elena Gallardo, cuidadora principal; Roberto Bravo, auxiliar de servicio; Viviana Troncoso, cuidadora principal; María Alejandra Córdova, cuidadora principal; María Mendoza, ex cuidadora de la Aldea de Malleco-Angol.



Equipo PFF Antofagasta



Equipo Aldea Antofagasta



Equipo Aldea de Ñuñoa

Equipo
Aldea Quilpué

Equipo de Aldea de Ñuñohue: Elías Messina, director del programa; Geomare Bustamante, acompañante de jóvenes; Rosa Merino, cuidadora mentora.

Equipo del Programa de Acompañamiento Familiar Territorial y Prevención Focalizada de Portezuelo-Chillán: Teresa Lara, directora del programa; Luz Durán, acompañante terapéutica.

Equipo Centro de Formación Chiguayante: Juan Carlos Guantecura, encargado de eventos.

Equipo de la Aldea de Pukará-Arica (proyecto que cesó su funcionamiento en 2024): Jessica Riffo, administrativa contable.

Equipo de la Aldea de Quilpué: Alejandro López, ex subdirector del proyecto.

Equipo del Programa de Acompañamiento Familiar Territorial y Prevención Focalizada de Ránquil-Chillán.

Equipo del Programa de Acompañamiento Familiar Territorial y Prevención Focalizada de San Nicolás-Chillán.

Un importante reconocimiento a los dos periodistas que se emocionaron con cada relato e hicieron posible el levantamiento de las 15 historias que inspiraron este libro: **Alan Rojas** y **Paz Hernández**. Y agradecemos también a **Katherine Oliva**, jefa de comunicaciones de Aldeas Infantiles SOS que se sumó al Comité Editorial y revisó con profesionalismo cada relato.

Un agradecimiento especial a **Natalia Cataldo**, fotógrafa del libro, quien mediante su lente y ojo de artista, pudo registrar con sensibilidad y cercanía a cada protagonista de las historias.

También a quien de forma anónima y con cariño contribuyó en este relato completo: **Renato Henríquez**, periodista ad honorem que sub editó este libro.

Reconocemos a la Junta Directiva saliente y entrante de Aldeas Infantiles SOS Chile, liderada por su expresidente, **Eleazar Jaramillo** y, el recién electo en 2025, **Jorge Patiño**, así como a nuestro director nacional, **Osvaldo Salazar**, quienes, desde el primer día, caminaron junto a este equipo, alentando y sosteniendo la realización de este sueño conmemorativo que hoy se hace libro. •



Equipo Oficina Nacional



Equipo Aldea Padre Las Casas



Equipo AFT-PF San Ignacio



Equipo PFF Carahue



Equipo AFT-PF Ránquil



Equipo AFT-PF Portezuelo



Equipo Curicó



Equipo AFT-PF Castro



Equipo Aldea Puerto Varas



Equipo AFT-PF San Nicolás



Equipo AFT-PF Chiloé

Síguenos en nuestras redes sociales:



www.facebook.com/aldeaschile



www.instagram.com/aldeaschile/



www.linkedin.com/company/aldeasinfantiles-sos-chile/



www.youtube.com/@AldeasInfantilesSOSChileCL



www.aldeasinfantiles.cl



CAMBIANDO
HISTORIAS